

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 por trimestres en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Tomada del *Monitor*, órgano oficial de Napoleón Bonaparte, tan interesado como nuestros lectores saben en que los complicados negocios de Italia logren resolverse en cierto sentido nada favorable por cierto al Catolicismo, publicamos ayer una correspondencia de la novísima capital del titulado reino de Italia, y la cual no cabe duda de que debe tomarse como vulgarmente se dice, á beneficio de inventario. Pero si documentos de esta clase merecen, atendido su origen, escasa fe respecto á los hechos que refieren, no cabe duda que tienen gran importancia y debemos cuidadosamente estudiarlos, porque con demasiada frecuencia déjase en ellos vislumbrar, al menos las intenciones de sus autores, ó mejor dicho, de sus augustos inspiradores.

Las negociaciones entre el Soberano Pontífice y el Rey del Piemonte, según la citada correspondencia, «no han sido inútiles; han producido su efecto en Europa, y en su día darán el resultado apetecido.»

Estamos de acuerdo en este punto, y cómo no habíamos de estarlo con el corresponsal de Florencia. Europa ha podido ver una vez más en esta ocasión que cuando se trata del cumplimiento del divino encargo encomendado al Pontificado en la persona de San Pedro por el mismo Jesucristo de «apacentar á las ovejas y corderos», los Papas son siempre los mismos, y siempre han oído y aun rogado, no ya á los Reyes excomulgados como Víctor Manuel, sino hasta los que han tenido el triste privilegio de ser apellidados en la tierra *azotes de la Providencia*.

En su día, pues, las relaciones interrumpidas produciendo en Europa el resultado apetecido, no por los conciliadores de lo que por naturaleza se repele, sino por los verdaderos católicos. En su día, la política artera y egoísta que tan en boga está en los tiempos del progreso indefinido que alcanzamos, cansada de luchar inútilmente contra esa roca formidable, en cuya cúspide Dios ha puesto y conservará incólume hasta la consumación de los siglos la justicia, para enseñanza y consuelo de los hombres, esa política, repetimos, cansada de luchar sin resultado, huirá confusa á los antros del racionalismo y de la impiedad que la han engendrado, y los hombres de recto corazón y buen sentido tributarán á la Esposa de Jesucristo repetidas y entusiastas acciones de gracias por haber salvado una vez más á sus queridos hijos de las garras de los modernos Atilas.

«La Italia y el Papado, continúa el corresponsal, esas dos Potencias que hasta ahora han guardado una respecto de otra una actitud enemiga, se han puesto en comunicación pacífica, han estudiado de cerca, por medio de prolongadas y cordiales relaciones, las divergencias respectivas de sus puntos de vista, las posibilidades respectivas de una reconciliación; y examinando bien las cosas, se descubre que si las preocupaciones de la familia ó de los recuerdos todavía demasiado recientes han estorbado la realización de un acuerdo tan ventajoso para ambas partes, pueden aún una y otra entenderse muy bien en las cuestiones agenas á la política y que se relacionan con la Iglesia y el Estado.»

Véase bien claro en las anteriores líneas la tendencia á dar á las relaciones terminadas entre la Santa Sede y Víctor Manuel, una extensión que no han tenido, pero muy oportuna para el objeto que al parecer se ha propuesto el autor de la carta, y que no es otro, en nuestro concepto, que presentar como probable y casi cierto que mañana vuelvan á renudarse las relaciones interrumpidas y se llegue á una avenencia. La esperanza más ó menos fundada de este acontecimiento, que en todo caso recaerá sobre asuntos que nada tienen que ver con el llamado reino de Italia, puede y es natural que sea explotada por ciertos políticos, máxime ahora que, según parece, hay Monarca en Europa que está luchando con su conciencia y lo que suele llamarse exigencias constitucionales, á propósito del reconocimiento de las usurpaciones del Piemonte.

Aquí es nada el argumento que puede hacerse al desdichado Monarca presentándole por de pronto á Italia y al Pontífice en relaciones pacíficas, estudiando extensa y cordialmente la posibilidad de reconciliarse: ahí es nada presentar como causa de la rotura de estas relaciones, no á Víctor Manuel, que quedaría en muy mal lugar, no al Sumo Pontífice, lo cual por lo atrevido es irreverente producir el efecto contrario del que se intenta producir; sino á la pobre curia romana, cuyo nombre, hoy lo mismo que ayer, ha servido siempre de salvo-conducto á todos los católicos

sinceros para hablar como les ha dado la gana y como no habrían osado hacerlo directamente contra los Soberanos Pontífices. Ahí es nada, por último, presentar, aunque sea en perspectiva, la posibilidad de una completa inteligencia entre la justicia y la injusticia, el juez y el delincente, el bien y el mal, Dios y el diablo, no por un punto político, ó como si dijéramos, sobre si hoy llueve ó deja de llover, sino sobre todas aquellas cuestiones que se relacionan con la Iglesia y el Estado, ó lo que es lo mismo, sobre si el robo hecho al Soberano Pontífice debe ó no calificarse de ataque sacrilego á la propiedad de la Iglesia.

Desengáñense los defensores del Rey excomulgado: el Padre Santo ha tratado y volverá á tratar cien veces si es preciso con el Rey Víctor Manuel; pero lo hará como podría hacerlo con el Emperador de Cochinchina, cuando así lo exija el bien espiritual de los fieles, y nunca para sancionar directa ni indirectamente, de derecho ni de hecho, el acto de apoderarse de lo ageno contra la voluntad de su dueño.

### TELEGRAMAS.

MARSELLA, 5. Abd-el-Kader ha llegado. Cartas de Constantinopla del 28 dicen que el Sultan ha estado recientemente enermo de mucha gravedad, pero que se encuentra ya fuera de peligro.

LONDRES, 6. Se han presentado al Parlamento las comunicaciones recientemente habidas entre Inglaterra y América; entre ellas una carta de Mr. Seward del 10 de Junio, dirigida á Mr. Braco, confirmada los informes dados ya por el ministro de Estado americano, insistiendo en que los antiguos buques confederados que se hallen en los puertos ingleses, deben entregarse al Gobierno de la Unión cuando los reclame, y si han sido capturados en el mar, justificar la legitimidad de la presa.

FLORENCIA, 6. El Rey Víctor Manuel ha aplazado su viaje á los baños de Valdieri, en el Piemonte, hasta el día 15 del presente mes.

Está asegurado el empréstito contraído por el ayuntamiento de la capital para obras públicas. La salud pública sigue sin novedad en Lión y en todo el litoral italiano, y los facultativos no han señalado ningún caso de cólera.

MARSELLA, 6. Han entrado en el puerto los vapores *Delta*, con las correspondencias de Bombay, isla Mauricio y Australia, y *Ceylan*, con las correspondencias de las Indias orientales.

PARIS, 6. Las noticias de Viena alcanzan al 5. En la Cámara de los señores, el ministerio ha anunciado que el Emperador, en vista de la situación de la Hacienda y de las circunstancias políticas por que está atravesando el país, ha mandado reducir el ejército de ocupación de Italia y de Croacia, poniéndolo completamente en pie de paz.

LONDRES, 6. Se ha cerrado el Parlamento. El mensaje de la Reina dice que son satisfactorias y amistosas las relaciones entre la Gran Bretaña y las Potencias extranjeras, y que no se cree posible que cuestión alguna de las pendientes pueda turbar la paz de Europa. La Reina se congratula de que haya terminado la guerra de los Estados-Unidos, esperando que se repararán muy pronto los males ocasionados por la misma, restableciéndose la prosperidad y bienestar en los Estados que más han sufrido en la lucha.

ALEJANDRIA, 5. El cólera disminuye. En el día de hoy han muerto 137 individuos.

PARIS, 6. En la bolsa de hoy, quedaban: el 3 por 100 interior español, á 40 0/0; el exterior, á 40 0/0; la diferencia á 38 3/4; la amortizable á 00: el 3 por 100 francés, á 67-17 1/2, y el 4 á 12 á 96.

LONDRES, 6. Las consolidadas inglesas quedaban de 90 1/4 á 3/8.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 7 DE JULIO DE 1865.

EXPOSICION Á S. M. CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL TITULADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

Los suscritos, vecinos de Santa Pau, provincia de Gerona, con el más profundo respeto á V. M. exponen: que en EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, periódico que hace años está defendiendo los objetos más sagrados de la patria con un valor é ilustración que le honran, en su número correspondiente al 23 de los corrientes, se halla indicada la idea de una exposición, dirigida á V. M. contra el reconocimiento del reino de Italia, en razón al programa en todos conceptos funestísimo, recientemente publicado por el reciente ministerio actual.

Son, Señora, tan evidentes y poderosas las razones que al efecto alega el citado periódico, que no pueden menos los suscritos, como católicos y fieles y leales súbditos de V. M., que adherirse en un todo al contenido de dicha exposición. Y en su virtud, y méritos que los suscritos están rogando á Dios que ilu-

minen los entendimientos de V. M. y consejeros, para que queden á salvo la Religión y monarquía de los españoles que corren inminente riesgo, rendidamente á V. M.

Suplican que no se digne sancionar el programa expresado, en especial la parte referente al reconocimiento de ese montón de sacrilegios y violentas usurpaciones que se ha dado llamar reino de Italia. Gracia que, para no incurrir tal vez en la ira de Dios justamente en dignado, esperan obtener de vuestra majestad.

Santa Pau, 30 de Junio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Juan Espigol, alcalde.—Miguel Batlle, teniente de alcalde.—Juan Buxeda, regidor.—Mariano Estañol, regidor.—Martín Calledellvall, regidor.—Joaquín Bartrina, regidor.—Luis Calabrans, regidor.—Isidro Colomé, regidor.—Francisco Planella, regidor.—José Casadevall, seminarista.—Jaime Aubert, juez de paz.—Juan Carreña, Cura párroco.—José Casanova, Cura párroco.—Juan Ordeix, Presbítero, Cura párroco.—Juan Parrellá, Presbítero Vicario.—José Collé, Presbítero coadjutor.—José Busquet, coadjutor Presbítero.—Salvador Manté.—Francisco Colletllma.—Manuel Colletllma.—Baudilio Solanich.—Manuel Buxeda.—Juan Triola.—Juan Bosch.—Francisco Gubest.—Francisco Misjón.—Esteban Roura.—José Casals y Busquets.—J. Ramón Sarda.—José Espuña.—José Comadevall.—José Felxas.—José Coll.—Miguel Nogue.—Por no saber mi padre, firmo yo, Gaspar Nogue.—Juan Badosa.—José Badosa.—José Fabrega.—Juan Domenech.—Juan Brili.—Petra Colledellvall.—Juan Texas.—Pau Triada.—Esteban Bosch.—Esteban Mogallart.—Petra Texas.—Pedro Hostalóns.—Salvi Masó.—Sebastián Dorriá.—Martín Sira.—Pedro E. querriá.—Atanasio Doga.—Isidro Grabos.—Mateo Masó.—José Hospital.—Buenaventura Gubest.—Ignacio Pósal.—José Jordá.—Salvador Fabrega.—José Masjón.—Francisco Colletllma.—Pedro Texas.—Miguel Planella.—Francisco Texas.—Francisco Masdevall.—Petra Planella.—Bartolomé Masías.—Gaspar Masías.—José Sónat.—Ramón Joré.—Esteban Grabosola.—Vicente Planella.—Isidro Coll.—Petra Font.—Lorenzo Planá.—Francisco Texas.—Juan Girgas.—Gerónimo Vilanova.—Pedro Pujol.—Lorenzo Palomer.—José Párras.—Francisco Orri.—Pedro Coll.—Miguel Juncá.—José Pujol.—José Arbusó.—Gerónimo Girgollas.—José Condeval.—Francisco Pujes.—Jaime Camó.—Esteban Masías.—José Masías.—Marino Padrosa.—Juan Coll.—Miguel Ilagostera.—José Texas.—Pedro Vila.—José Sugatal.—Pedro Puigdemón.—Francisco Solanich.—Francisco Vila.—Isidro Coll.—Pedro Font.—Isidro Jordán.—Ramón Bialta.—Isidro Rumbó.—Francisco Sagui.—Esteban Pararols.—Francisco Garrigolas.—Juan Frigola.—Pedro Girgas.—Juan Busquet.—Gaspar Bartrina.—Juan Comadevall.—Juan Asperó.—Juan Texas.—Pedro Roura.—Esteban Orri.—Francisco Conca.—Juan Reixach.—Juan Badosa.—Joaquín Guillaume.—José Casadevall.—Ramón Masdevall.—Gaspar Font.—Miguel Pujolas.—Francisco Girgas.—Rafael Camó.—Miguel Camó.—Miguel Camó.—Salvador Carix.—Isidro Carix.—Juan Tixellá.—Narciso Vilanova.—Sebastián Roca.—Francisco de Asís Fojá.—Jacinto Xigüés.—Lorenzo Serrat.—Nicolás Marsé.—Jaime Masías.—Francisco Currig.—Pedro Doga.—Juan Pujol.—José Casals.—Francisco Texas.—Salvi Oribit.—Juan Coll.—Cárlas Coll.—Jacinto Mateu.—José Mitet.—Jaime Mateu.—Manuel Mateu.—Rafael Mateu.—Ramón Vilarrasa.—Pedro Hospital.—Francisco Masjón.—Miguel Fexas.—Salvador Coll.—Pedro Fabrega.—Juan Pare.—Bautista Juanola.—José Tejas.—José Puximij.—Pedro Bialta.—Isidro Dabesa.—Miguel Coll y Byreda.—José Gillanes.—Ramón Lagostera.—Pellari Hobia.—Isidro Roca.—Juan Rubia.—Mateo Guillaume.—Bautista Sala.—José Vilarrasa.—Francisco Trias.—Martín Rubio.—José Masó.—Bernabé Masó.—Bartolomé Font.—Mateo Font.—José Prat.—José Prat.—Francisco Robira.—José Cudony.—Jaime Bialta.—Pablo Aulet.—Juan Aulet.—Esteban Fabrega.—Juan Prat.—Bernat Aulet.—José Texas.—Bartolomé Badosa.

Desde el momento en que fué conocido en las provincias el programa del Gobierno de su majestad Católica, uno de cuyos principales puntos era el reconocimiento del sacrilego latruncionío de Italia, los pueblos han comenzado á dirigir y firmar exposiciones á la Reina pidiéndola encarecidamente que no reconozca nunca esa obra del infierno.

Las exposiciones continúan y continuarán. Dios mediante, hasta que no quede en la Monarquía una población, siquiera sea de media docena de vecinos, de donde por lo menos no salga una voz en defensa de la verdad y la justicia, de la Religión y de la Santa Sede.

Los escritores católicos están cumpliendo también con su deber oponiéndose con todas sus fuerzas á la realización del funestísimo proyecto del Gobierno, demostrando que si llega á verificarse será la mayor de las ignominias en que puede hundirse una nación católica, y un peligro inminente para nuestra unidad religiosa y nuestra monarquía.

A tan generosa cruzada se han agregado con su espíritu desde un principio, y en la primera ocasión con su palabra, los oradores católicos de una y otra Cámara.

Sin referirnos más que á los hechos acaecidos desde la subida al poder del ministerio presidido por el general O'Donnell, vemos que el día mismo en que anunció en el Senado su decisión de reconocer el mal llamado reino de

Italia, el senador D. José María Huet, como individuo de la comisión de presupuestos, leyó en aquella corporación una valerosa protesta contra el inicuo despojo, protesta igual en el fondo á la que poco tiempo antes habían hecho en brevísimas palabras los Sres. Nocedal y Fernandez Espino.

Si en el Congreso el Sr. Aparisi en su último discurso pronunciado á propósito de la cuestión electoral, discurso que hará imperecedera la memoria de su autor y que obliga á la eterna gratitud de la España católica.

Antes de eso el Sr. Fernandez Espino había anunciado una interpelación al Gobierno de S. M. sobre este asunto, verdaderamente vital para la sociedad española; interpelación á la cual no tuvo por conveniente contestar el ministerio, aplazándola por tiempo indefinido.

Esa interpelación se trasformó ayer en proposición, en que se pedía al Congreso se sirviese declarar que vería con pena todo paso que tuviese por objeto el reconocimiento del llamado reino de Italia, en tanto que por la Santa Sede no haya sido reconocido; y esta proposición dió margen á un debate que llenó la sesión de ayer, quedando suspenso todavía para la de hoy. En él han tomado parte para defender los sentimientos y doctrinas verdaderamente católicos y nacionales los señores Fernandez Espino y Nocedal.

Todas las fuerzas católicas, pues, en la esfera puramente civil; los pueblos, los oradores y escritores católicos se han adunado para protestar contra el oprobio que amenaza á la honra de la nación española.

Apenas fué leída la proposición cuando el señor ministro de Estado se levantó á hacer una declaración muy grave. «El Gobierno, dijo, no puede entrar ni entrará en la discusión de este asunto, y de ningún modo podrá responder á las razones que se aleguen en pro de esta proposición. El deber público le veda contestar: no podrá hacerlo sin comprometer altísimos intereses.»

De esta declaración nos haremos luego cargo, cuando tengamos que referir lo que acerca de ella con clarísimas razones contestó nuestro querido amigo el Sr. Nocedal.

Vamos ahora al discurso del Sr. Fernandez Espino. Este señor diputado ha venido al Congreso precedido de una brillante reputación como poeta, como literato, como crítico: sus obras le aseguran ya eminente puesto entre los escritores castizos, elegantes y de recto juicio que ni en el fondo de sus ideas, ni en la frase, con que las enuncian se han dejado arrastrar del mal gusto y perversas tendencias de la literatura moderna. El discurso que ayer pronunció, correcto y elocuente, es una prueba más de que en España, por fortuna, los hombres de verdadero mérito, los talentos privilegiados, se colocan resultantemente al lado de la verdad y procuran corresponder á los altos fines que Dios ha tenido al dotarles de tan claros y poderosos dones.

El Sr. Fernandez Espino declaró, sin embargo, que hablaba para que no se creyese que la fracción del Sr. Nocedal (así dijo aludiendo sin duda á la del Congreso; porque fuera de él, la fracción del Sr. Nocedal es la inmensa mayoría de los españoles, como implícitamente reconoció pocos días antes el señor ministro de la Gobernación); para que no se creyese, repetimos, que la fracción del Sr. Nocedal es la única que sostiene el principio del no reconocimiento del titulado reino italiano. En buen hora: protestas de todas partes contra ese vergonzoso reconocimiento, elevase contra él voces de todos los partidos: Dios y la revolución saben en qué ejército han de pelear al fin los que desde el bando que fuere se muestran fieles á la religión de sus padres, incompatible con todo espíritu revolucionario.

Aludido varias veces nuestro querido amigo el Sr. Nocedal por el Sr. Fernandez Espino, tomó al fin la palabra, esa palabra que hacia falta en la ocasión presente; esa palabra que era de todos esperada con viva ansiedad, aunque de algunos temida; esa palabra elocuente, arrebatadora, que amigos y enemigos aplauden, ó por lo menos admiran, revistiéndose no pocas veces la admiración y el asombro con el manto del insulto.

Hacia tiempo, sin embargo, que el Sr. Nocedal no era insultado: su constancia, su imperturbabilidad, su firmeza, cualidades tan raras en esta época de debilidad y escepticismo, habían impuesto silencio á sus más encarnizados adversarios. Pero el liberalismo moderado estaba ayer bajo el peso de su propia vergüenza: sentíase mal dentro de sí mismo; su conciencia era su torcedor, y en tan deplorable situación vidrioso, inquieto y confuso creyó sacudir sus remordimientos intentando que los colores del sonrojo se tomaran por el encandimiento de la ira.

Era una manera más de demostrar que no estaba contento consigo mismo; pero ciego de cólera juzgó ciegos á los demás, y habló para patentizar á todo el mundo un despecto que sólo contenido dentro de la oscuridad y del silencio podía ser respetado.

Hubo otro incidente: el de la tribuna de periodistas. El Sr. Nocedal fué interrumpido al principio de su discurso por rumores que salieron de esta tribuna. Nuestro amigo contestó á ellos con su firmeza, con su valor acostumbrados, exponiendo sus ideas conocidas, y su noble manera de ver en una cuestión íntimamente ligada con todo un sistema de gobierno.

La mayor parte de los hombres públicos, por mucha que sea la independencia de que blasonan, tienen sin embargo, la debilidad de encorbarse ante la oligarquía de la imprenta periódica. El Sr. Nocedal se postra ante la verdad; pero no inclina siquiera su magestuosa frente ante ídolo alguno.

Ese carácter, por la nobleza que revela, por el tesón con que se manifiesta, á parte de otras cualidades, es digno del mayor respeto. No hay tirano de la antigüedad de quien no se cuente un rasgo de admiración hacia alguno de esos hombres que no se querían confundir con la turba de aduladores que al déspota rodeaba. Sólo el tirano que se llama *prensa* se ha mostrado hasta ahora incapaz de comprender la dignidad de quien no le adula.

Por lo demás, la mayoría del Congreso aplaudió al Sr. Nocedal, y el país sin duda alguna le aplaudirá también.

Después de estos incidentes que hubieran turbado el ánimo de otro que no fuese el noble diputado por Toledo, firme y sereno emprendió éste su camino por la cuestión que se debatía, deteniéndose en probar hasta la evidencia que la declaración hecha al principio del debate por el Sr. Bermúdez de Castro, ministro de Estado, era del todo improcedente, porque el Gobierno tenia el deber de contestar á una proposición diametralmente opuesta á la parte de su programa referente al reconocimiento del mal llamado reino de Italia. El Gobierno esudaba su silencio declarando que había negociaciones pendientes, y la proposición censuraba que se hubiesen emprendido tales negociaciones. El ministerio, pues, que ha entablado negociaciones diplomáticas, estaba en el caso, en el riguroso deber de defender que tales negociaciones debían entablarse. Los defensores de la proposición no entraban á examinar si los pasos que está dando el Gobierno son ó no conducentes al fin que se propone; lo que censuran es que se haya dado ningún paso para el reconocimiento. No contestar á la defensa de la proposición, es subterfugio de la impotencia, del desden ó del miedo.

Prosiguió el Sr. Nocedal con frases de varonil elocuencia demostrando toda la ignominia que encierra el reconocimiento para una nación católica como la nuestra, toda la amargura que prepara á nuestro Santísimo Padre, todos los peligros que entraña para la unidad católica de nuestra patria, para el Trono y la dinastía. Figúrense nuestros lectores cómo correrá por campos tan vastos la elocuencia del señor Nocedal. Figúrense cuál vibrará su acento al repetir las palabras que en contra del Catolicismo había pronunciado dos días antes el señor ministro de la Gobernación, palabras que han aparecido en la *Gaceta*; aunque luego se hayan retrado del *Diario de las Sesiones*.

Nosotros no podemos describirlo: hay que oír al Sr. Nocedal para conocer hasta dónde raya su espíritu levantado, su palabra impregnada en el aroma de los antiguos tiempos, su frase en que todo es tradicional, todo castizo, todo español verdadero; voz, giros y pensamientos.

El Sr. Nocedal concluyó protestando, como nosotros hemos protestado, como todos los españoles católicos protestan, contra ese reconocimiento que no reconocemos, y exhortando á que de todas partes desda la capital hasta el último pueblo de la monarquía, un día y otro día, se levanten cien y cien voces de hombres y mujeres, de niños y ancianos pidiendo á S. M. por lo que á S. M. interesa: Antes que á nadie; por el no reconocimiento de esa infernal quimera, de ese amasijo de robos y sacrilegios que hoy se llama reino de Italia.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

Hay un periódico de noticias en Madrid, titulado *Las Noticias*. Este tal diario cuenta á la villa primero, y después á la nación, los sucesos de Madrid. Pues el tal noticiario periódico no inserta en sus columnas el extracto oficial de las sesiones del Congreso, sino que fabrica uno por su cuenta, que será hecho sin duda por algún testigo presencial. Y es el caso, que de la sesión de ayer da tales noticias *Las Noticias*,



que inducen á creer que el testigo presencial encargado de su fabricación, ó estaba ausente, ó dormido, ó con ánimo resuelto de infringir el octavo mandamiento del Decálogo. Dice con mucha formalidad que al llegar á cierta parte de su discurso nuestro muy querido amigo el Sr. Nocedal, *hubo un momento de extrañeza en las tribunas*. Lo que dice el extracto oficial es lo siguiente: *Rumores en la tribuna periodística*. Y luego añade *Las Noticias*: El señor presidente reclamó el órden, llamando á la cuestión al orador, sin dirigirse á personas que no se sentaban en el Parlamento, y él cuidaría de hacer cumplir el reglamento. ¿A que no dice tal cosa ni el *Diario de las Sesiones*, ni el extracto oficial, ni persona alguna de las que estuvieran presentes y quiera pasar por veraz? Niesposible que la digan, porque no pasó tal cosa, á despecho del testigo presencial, que sin duda está encargado de hacer un extracto especial para *Las Noticias*. Pasó que el Sr. Nocedal se hacía cargo de las distinciones que recibe de sus compañeros los diputados, como aquella votación, por ejemplo, en que fué unánimemente elegido por el Congreso para formar parte de la comisión de enagenación de los bienes del Real Patrimonio; pasó que las tribunas oían sus palabras con la atención y el respeto con que oyen siempre á nuestro amigo; pasó que la de periodistas, y nada más que la de periodistas, interrumpió al Sr. Nocedal; pasó que este señor, no doblando su cabeza como tantos otros, liberales por supuesto, ante la tiranía de esa compañía de socorros mútuos que se llama la *institución de la prensa periódica*, la apostrofó, digna, valerosa, y elocuentísimamente; pasó que el señor presidente prestó al Sr. Nocedal el apoyo de su autoridad, que el Sr. Nocedal no necesitaba, porque se basta y se sobra para imponer silencio á los que sin razón ni derecho le interrumpían; y pasó, por último, que la mayor parte de los diputados aplaudieron con entusiasmo los elocuentes arranques de nuestro amigo. ¿A que en vista de estas líneas, y del extracto oficial de la sesión, y del *Diario*, no rectifica su error *Las Noticias*? Y hé aquí cómo se escribe la historia.

La mayor parte de los periódicos de hoy maltratan desde sus columnas al Sr. Nocedal. Nosotros lo felicitamos cordialmente por estos malos tratamientos de la consabida *institución*. Nosotros, oyendo la palabra del Sr. Nocedal, creemos que llega á lo vivo; pero tememos alguna vez equivocarnos, ó por la amistad y el respeto que le tenemos, ó por la identidad de opiniones. Leyendo á los miembros de la *institución*, quedamos seguros de que aquella palabra logra su objeto. Dichoso quien merece los odios de la *institución* por defender la causa de la verdad, de la razón, de la justicia y del derecho! Feliz quien consagra su esfuerzo y su talento á defender la santa causa de la Iglesia y do su Pontífice! El Sr. Nocedal está de completa enhorabuena. Aun aquellos de sus amigos particulares más tímidos, pueden tranquilizarse. El odio de la *institución* de la prensa periódica va á hacer, ó ya ha hecho, popularísimo al Sr. Nocedal.

Discurso pronunciado por D. Cándido Nocedal en la sesión celebrada ayer por el Congreso de diputados:

El Sr. NOCEDAL: Señores, voy á molestar muy poco tiempo la atención del Congreso; como que no me habría levantado sino fuera porque algunos amigos, todos mis amigos, necesitan hoy hacer una protesta, y por mi órgano la voy á hacer, relativamente á palabras pronunciadas por el señor ministro de Estado, que no pueden quedar sin contestación. Una vez que á esto me levanto, hacedme uso del derecho que me concede el reglamento; algunas cosas más diré, aunque sólo sea de pasada; no diré muchas más, y esto por varias razones. Primera: porque la proposición ha sido perfecta y brillantemente defendida por mi amigo el Sr. Fernandez Espino. Segunda: porque las opiniones que en este punto y en todos los demás puntos yo sustenté y firmemente creo, han sido brillante, peregrina y elocuentemente defendidas en el día de ayer por mi dignísimo compañero el Sr. Aparisi y Guijarro, al cual en este momento, á la faz de la nación, quiero rendir un tributo de respeto y consideración por aquellos acertos elocuentes, terminados, verdaderamente españoles, que, arrancando de lo íntimo de su corazón, irán á convencer las entrañas de nuestra madre la patria. Ese discurso está destinado á hacer una profunda impresión en la nación española: la hará, no lo dudeis, estoy seguro. Levánteme con gozo á rendir al Sr. Aparisi este homenaje, á hacer mis votos y cada una de las palabras que S. S. ha pronunciado, á rogar á todos los españoles que mediten profundamente sobre ellas; el día que bien meditados por los que tengan en lo sucesivo el derecho electoral, envíen á estos bancos muchos diputados, impregnados de ese espíritu, España se habrá salvado, y los males que nos aquejan estarán remedios ó en camino de remediar.

No tengo pues que hacer por punto general, sino retirarme á todo lo que dije antes de ayer el Sr. Aparisi y Guijarro; no tengo más que hacer por punto general que repetir una y cien veces, que hago mis votos y cada una de sus palabras, y que por no molestar al Congreso no repetiré con otras que parecieran párrafos, tan exactas, tan oportunas, tan salvadoras doctrinas.

Y luego hay otra razón; y es, que siempre que me levanto dominado de una idea que considere patriótica, digo algo acerca del parlamentarismo, porque como creo que el parlamentarismo es un vicio feo, que nos tiene corroidos, siempre procuro hacer algo para que el cáncer vaya siendo de todos conocido, con lo que se aproxima el día de su exurpación y radical cura.

Pero hoy no me puede mover este deseo, porque yo no tengo que hacer hoy sino decir á todos mis amigos de aquí y de fuera de aquí (los de aquí son pocos, los de fuera de aquí tengo para mí que son muchísimos), sino decirles, que contemplan lo suce-

dido ayer en esta casa, que lean lo que todos los periódicos de Madrid dicen hoy acerca de los sucesos de ayer en esta casa, y que pongan al pie una nota que diga: «este es el parlamentarismo.» Felicito al Gobierno de S. M. por una cosa que, ó no tiene ejemplo ninguno, ó tiene muy pocos: felicito al Gobierno de su majestad por ver apoyado por una inmensa mayoría á las pocas horas de estar sentado en el banco azul. (El Sr. Corona pide la palabra). No me maravillo: las elocuentes palabras pronunciadas hasta ahora por el Gobierno de S. M., son sin duda bastante poderosas á convencer á los señores diputados que desde el núm. 111, que constituía hace pocos días todas las oposiciones reunidas, han llegado hasta el de 171, que ayer dieron la razón y un voto de confianza al Gobierno de S. M. (El Sr. Conde de San Luis pide la palabra.)

Yo por mi parte, señores diputados, me levanto hoy á decir exactamente lo mismo que dije al tiempo de abrirse esta legislatura cuando se sentaba el general Narvaiz y no el general O'Donnell en ese banco; exactamente lo mismo que decía en la legislatura anterior cuando se sentaba en ese banco el marqués de Miraflores; lo mismo que diré en otras legislaturas que vengan si la voluntad de los distritos electorales ó de las provincias, ó de quien haga las elecciones, que eso Dios lo sabe, hace que yo venga á este sitio; y con ello habré conseguido por lo menos una cosa, que es aquella consideración, aquella buena amistad, aquella simpatía, aquel saludo cariñoso que todos me diréis en el salón de conferencias, con el cual premias mi consecuencia y la sinceridad de mis opiniones. (Rumores en la tribuna de periodistas.) Aquellos otros señores que desde luego parece como que me advierten que ellos no me saludan cariñosos, debo advertirles que tampoco lo busco, ni lo he menester, ni haré nada indigno para lograrlo. (Nuevos rumores en la tribuna de periodistas.) Debo advertirles que pienso que las tres cuartas partes de los males que afligen á mi patria, en esa tribuna nacen; que se venguen mañana enhorabuena llevándose de injurias é improperios; que yo, sin temor á eso que á otros arredra, seguiré diciendo, erguido la frente, que esa tribuna es la causa del estado de degradación en que se encuentra mi patria. (Fuerzas rumores en la tribuna de periodistas.) Señor presidente, lo que esa tribuna necesita son diputados que tengan el valor de sus opiniones y que arrosten... (El Sr. Alarcón: Pido la palabra para defender esa tribuna.) Señor presidente, lo que necesita esa tribuna son diputados que tengan el valor de sus opiniones y que arrosten serenos y tranquilos sus interrupciones y murmullos.

El señor PRESIDENTE: Continúe V. S. en el uso de la palabra, que yo haré que las tribunas guarden el órden que deben guardar.

El Sr. NOCEDAL: A mí no me importa que mañana todos los periódicos me injurien, y aún que algunos me calumnieen quizás; tengo mi conciencia tranquila; cumplo con mi obligación, y desafío todas las iras en mi daño concitado. Venga pues sobre mí la venganza, venga la injuria, venga la calumnia. (Rumores prolongados en la tribuna de periodistas y entre los señores diputados.)

El señor PRESIDENTE: Sr. Fabié: V. S. está dirigiendo la palabra á los señores diputados sin haberse concedido yo, interrumpiendo por consiguiente al orador en el uso de la palabra. Continúe V. S., señor Nocedal.

El Sr. NOCEDAL: Después de todo, señores diputados, vuestro saludo cariñoso, vuestra estimación no me ha faltado hasta ahora, y supongo que no me faltará ni aun de parte de alguno de vosotros que por razón del incidente que acaba de pasar, á fuer de periodista, me mira airado.

Decía pues, señores, que tampoco tenía necesidad de hacer uso de la palabra para hablar del parlamentarismo. Leed todos los periódicos de Madrid hoy, los moderados, los progresistas, los demócratas, los de Unión liberal; leedlos todos, juzadlos todos, y vereis lo que resulta; lo que resulta es una nota que se escribe ella sola, que dice: este es el parlamentarismo; firmado, Aparisi, Nocedal, Herreros, etc. etc. venimos nosotros otros diciendo que es el parlamentarismo hace mucho tiempo, lo que piden hoy de mano maestra todos los periódicos, el espectáculo que en el día de ayer contemplaron con asombro hasta las paredes de esta casa.

Pero dije al empezar que me había levantado con el objeto de hacer á nombre de mis amigos una protesta; la protesta es la siguiente: el Gobierno, antes de apoyarse la proposición por el Sr. Fernandez Espino, se levantó á decir por boca del señor ministro de Estado, que no contestaría á nuestros razonamientos, no entraría en esta discusión, y que esto no significaba desde de nuestras personas, ni mucho menos desde de nuestros principios, sino que significaba ísa y llamamente que había un peligro en discutir esta cuestión, peligro de consecuencias graves para los intereses públicos. Yo y hombre de órden, hombre de ley, hombre de gobierno, que jamás he puesto ningún obstáculo que sea ilegal, que ni siquiera sea contrario al reglamento de este Cuerpo colegislador, ni mucho menos que sea faccioso, al Gobierno, cualesquiera que sean sus opiniones, tengo que hacerme cargo de esto, explicar cómo y por qué hejo nuestro punto de vista, á pesar de esa indicación del ministro de Estado, no podríamos menos de hacer lo que estamos haciendo; es decir, de protestar en nombre de nuestras opiniones y en nombre de los amigos de la monarquía, que creemos sea la mayor parte de los habitantes del territorio español, contra el reconocimiento de ese monstruoso conjunto de iniquidades que llama la Europa asombrada por una parte y entristecida por otra, reino de Italia.

El Gobierno se funda para que esto no se discuta, en que está negociando; y nosotros nos fundamos para que se discuta esto en que no se debe negociar. Buena razón es que está negociando. ¿Que no negocie le pido yo; y que no negocie le pido España; en negociación está el mal! Buena razón nos da el Gobierno; buena razón es que está negociando. En negociar está el daño. ¿Cómo, por qué negocia? Qué no habéis leído siquiera de pasada nuestra proposición? Que el Congreso, dice, verá con pena cualquier paso que tenga por objeto llegar al reconocimiento de eso que se llama reino de Italia. Cualquier paso que tenga por objeto esa negociación en que por confesión vuestra os habéis metido, contraria los intereses permanentes de la nación española. De suerte que cuando nosotros redictamos esta proposición, os rogábamos que no reconocierais el reino de Italia; hoy ya se convierte en censura; hoy os censuramos porque estais negociando para el reconocimiento del reino de Italia.

No negociéis, no; no negociéis. Esperad tranquilos y con los brazos cruzados que eso que se llama reino de Italia sea reconocido por el Padre común de los fieles, á quien se ha despojado contra toda razón y contra todo derecho, y cuando tal haya acontecido, si es que llega á acontecer, reconoced en buen hora. Y haced todavía algo más; tened el valor de decir esto á la Europa; tened el valor de decirlo quien os inquiete, á quien promueva la cuestión, á quien os estorbe al reconocimiento, tened el valor de decirlo públicamente; no en el secreto de las negociaciones, sino con notas publicadas en la *Gaceta*; decidle que España, aunque quede sola, no reconocerá el reino de Italia mientras que previamente no lo haya reconocido la Santa Sede. Y yo os anuncio ahora, como al principio de la legislatura se lo anuncié, no á vosotros, sino al Gobierno del duque de Valencia, que de esa manera de una pluma y de un sólo golpe habreis convertido á España en nación de primer órden.

Italia, señores diputados, la bella Italia, la patria de tantos ingenios peregrinos, de tantos corazones esforzados; la madre de tantas almas elevadas; la madre de tantos grandes poetas que han ilustrado la humanidad; la tierra en que han nacido Virgilio, el Dante y Petrarca, y Tasso, y Ariosto y Manzoni; la patria de Galileo, y de los Doria y de Farnesio; y para decirlo toda una vez, la tierra nativa de nuestro compatriota Cristóbal Colon. ¿Quién no ha de tener simpatías por esa tierra generosa? Pero ese gran pueblo está siendo hoy objeto de hipócritas simpatías. Las simpatías por Italia están hoy real y verdaderamente manifestadas con verdadero sentimiento emanado del corazón por los que han declarado guerra implacable á los tiranos que la tienen hoy oprimida, vejada y completamente devastada. Somos los amantes de Italia los enemigos de sus tiranos, los enemigos de sus usurpadores, los enemigos de sus crueles verdugos.

¿Que Italia quiere ser independiente? Nada tengo que decir contra eso; yo estoy siempre de parte de los pueblos que desean ser independientes. Que Italia no quiere ser gobernada por extranjeros. No tengo nada que decir contra eso; absolutamente nada, y si yo fuera italiano, también pelearía contra los invasores de mi patria. Que Italia quiere ser libre. Que lo sea. Pero, ¿es esta la cuestión? Que Italia quiere ser una. ¡Oh! Es que eso es imposible; es que eso es un absurdo; es que esa es una cosa que está sirviendo á algunos italianos de entumecimiento, pero de perversas ideas, de pretexto para ir á otra cosa, y á otra parte, y que sólo abriga de buena fe unos cuantos... hombres de entumecimiento mengado que rodean al Rey Victor Manuel.

Hay pueblos que la Providencia ha destinado para que constituyan una sola nación. ¿Eso quién lo duda? Hay pueblos regados por los mismos ríos, ceñidos por las mismas cordilleras, que tienen una sola y única y común historia, animados por un mismo espíritu, obedeciendo á unánimes tradiciones, los cuales constituyen por fuerza, y por voluntad de los hombres, sino por disposición divina, andando el tiempo un solo pueblo, aunque no quieran los hombres; y eso acontecería más pronto si la revolución no se hubiera empujado en echarlo á perder como lo echó á perder todo. Pero hay otros pueblos, por el contrario, que Dios ha dispuesto que no formen una sola nación, y no la podrían formar nunca aunque se empeñen los hombres.

Una Península larguísima y estrecha, con historia distinta, con caracteres opuestos, con diferencia hacia en el habla, en los gustos, y en todo; ¿cómo ha de ser una? ¿Dónde ha nacido ese absurdo empeño de que forme una gran nación? ¿Quién ha dicho, á quien le ha ocurrido que el dueño de Venecia pueda ser dueño de Nápoles, que el que impera en Génova pueda imperar en Mesina? ¿Por qué no la de tener razón filosófica el hecho histórico de que jamás ha sido eso, desde la caída del Imperio romano? ¿Por qué no ha de tener razón buena el hecho histórico de que la unidad de Italia no ha podido nunca hacerse? No, señores, no; la unidad de Italia es un imposible, la unidad de Italia es un absurdo, y además la unidad de Italia sería una gravísima complicación para todo el derecho público europeo, y por consecuencia el derecho público europeo tendería á romperla en lo sucesivo, y como rompería es fácil hasta por la configuración del terreno, la unidad de Italia, puesto caso que alguna vez se formara, duraría lo que puede decirse un minuto en la vida de los pueblos.

Pues entonces, ¿de dónde arranca ese movimiento general que anima á la mayor parte de los hombres políticos, por lo menos de aquellos que se agitan en Italia á la voz de la unidad de la patria? ¿De dónde nace? Ya antes lo dije y ahora lo explicaré un poco más; nace de alguna persona que no quiero nombrar porque no debo, de extrema limitación de entendimiento, y lleno de una enorme ambición amasada con una pequenísima dosis de inteligencia; y nace en una porción de italianos, de que sabiendo que eso es imposible, lo toman como pretexto para ir contra lo que en efecto quieren ir, que es la soberanía del Pontífice y el Catolicismo.

Allí donde veais un hombre de verdad, de entendimiento, de entendimiento probado, cuyo entendimiento os conte, y le oigais decir, quiero la unidad de Italia, ya sabéis lo que quiere decir; ese hombre quiere de la manera que hoy cree posible, destruir el Trono del Pontífice, y tras del Trono del Pontífice, el pontificado y el Catolicismo. Esto es lo que quiere; á eso es á lo que aspiran, y sueñan por supuesto, como han soñado desde la venida de Jesucristo á todos los herejes. El trono espiritual del Soberano Pontífice es imposible que caiga; el temporal es casi imposible, es difícilísimo; pero sin embargo, cuando entendido, van primero á destruir el poder temporal, y de pues, como no tienen fe en las palabras de Jesucristo, van á ver si una vez destruido el poder temporal pueden echar por tierra el poder espiritual. ¡Desventurados ilusos!

Ahora bien: en este plan infernal, en esta conspiración, ¿puede entrar la nación española? Esta es la cuestión. Existe, es indudable, una conspiración contra el Catolicismo y contra el Soberano Pontífice como tal Soberano Pontífice, por más que por ahora digan los conjurados que sólo asestan sus golpes al Soberano temporal; ¿puede entrar la nación española en ella? ¿Puede entrar la Reina católica ni su Gobierno? ¿Es la cuestión: pues á esto no se quiere dar respuesta categórica, terminante, clara, y yo tengo que responderme á mí mismo; no, no debe ni puede; hacer eso sería una vergüenza, una ignominia; hacer eso es deshonrar á la nación española, y acaso, acaso dejar caer el Trono legítimo de Doña Isabel II. ¡Tanto apoyo queda hoy en Europa á los Tronos legítimos y

seculares? El más fuerte de todos es esa que se intenta destruir. No contribuyais en mucho ni en poco, directa ni indirectamente á que caiga ese apoyo, que es tipo de los poquísimos que quedan á los Tronos legítimos; caiga ese que es el más legítimo de todos los Tronos que han levantado los siglos en esta tierra de Europa, y decidme después qué garantías veis en el mundo para defender con brío, con energía, con esperanzas de éxito, la corona que ciñeron sus antepasados en las sienes de nuestra augusta Soberana.

No lo dudeis; empezando hoy por prescindir de que se le hayan quitado algunas provincias y por reconocer á la iniquidad triunfante, os vereis comprometidos, obligados á tener que reconocer mañana cualquiera otra iniquidad que se convierta en hecho consumado; habreis abierto un portillo inmensurable á la revolución que se lanza de todas partes á derrumbar los Tronos; habreis hecho mucho para que todos los Tronos legítimos caigan derrumbados; y en su día no tendreis nada que decir á la Reina cuando os pregunte por el Trono de sus hijos, ni á la España si os pregunta por sus Soberanos legítimos. Esta es la verdad, señores diputados. Esta es la verdad tal cual yo lealmente la entiendo; tal cual lealmente la debo proclamar en el Parlamento; tal cual debo someterla á la consideración del Gobierno de la Reina, á la consideración de los españoles todos; que para esto venimos aquí; que para esto hablamos desde este sitio, y singularmente en vísperas de elecciones, á las cuales es conveniente, decoroso y digno, es hasta decente que cada uno concorra sin máscara ni careta ninguna, á bien con la cara descubierta para que pueda juzgarlos el cuerpo electoral.

Hé aquí la explicación genuina, la interpretación verdadera de las palabras, como todas las suyas elocuentísimas, que pronunciaba antes de ayer mi digno amigo el Sr. Aparisi. Si, señores; hay una porción de pequeneces insulsas que to importan nada, que nada valen, con las cuales se entretienen los partidos. En el año de 1850 se entretuvieron los partidos, no sé cuántos meses, creo que medio año, en disputar sobre quién había de nombrar los alcaldes. Otras veces se han entretenido en saber cómo se han de hacer las elecciones. Otras en saber si se han de conceder más ó menos derechos políticos á los ciudadanos. Todo esto señores diputados, hoy importa poquísimos, hoy importa casi nada. Hoy es menester que francamente se dividan los bandos de la manera como lo están en Europa, como de hecho van estando divididos en España.

No hay que disimularlo: la Europa entera está, España también va estando ya, dividida en racionalistas y católicos. ¿Qué queréis ser, señores ministros, racionalistas ó católicos? No hay remedio; no hay que sonreirse, hay que escoger, y pronto. La respuesta es necesaria, la tenéis que contestarme; porque si no contestáis seréis un Gobierno á quien sorprenden las cuestiones que todo el mundo ve venir; si no contestáis seréis un Gobierno ciego, y yo no quiero creer que en ese banco haya un ministerio compuesto de ministros absolutamente ciegos.

No hay remedio: ó racionalistas ó católicos. A un lado ó á otro. Cada cual tome su resolución. Cada cual tome su partido. No podemos andarnos con rodeos. En vano es que escogieramos cualquiera cuestión política para entretenernos; cualquiera otra cuestión, al lado de la que hoy preocupa todos los ánimos, sería pequeña, insignificante. Escoged; ó racionalista ó católicos. La escuela católica no puede reconocer el reino de Italia; porque ese mal llamado reino entraña un despojo de la Iglesia, que es un sacrilegio. Los católicos no pueden negociar para el reconocimiento del reino de Italia. Negociar, es empezar á reconocer; es el principio del reconocimiento. No pueden reconocer ni negociar para el reconocimiento del reino de Italia, salvo si el primer paso es el pedir la venia á Su Santidad con el objeto de que autorice el reconocimiento. Pero si es eso, ¿qué interés tenéis en ocultarlo? Pero si es eso, ¿por qué no lo habéis de decir? Pero si es eso, es miedo, es una insignificante cobardía que no queráis comenzar por confesar ingenua y paladinamente que ese es el objeto de vuestras negociaciones. ¡Oh! eso no puede ser; no será; si eso fuera, lo repito, lo confesaría.

Pero es que yo tampoco apruebo que para eso negociéis, porque lo que hay que hacer ¿quiereis que os lo diga? es esperar tranquila y dignamente á que Su Santidad, *motu proprio*, no estimulado por vosotros ni por nadie, reconozca el reino de Italia, si es que lo reconoce, para que entonces imiteis su conducta, luego que la haya expuesto á la faz de la Europa y del mundo.

Aunque nos digan los señores ministros que no quieren contestar á nuestras preguntas, que no quieren discutir con nosotros, que no quieren hacerse cargo de nuestras razones, no les puede valer: ¿cómo les ha de valer si todavía no han pasado quince días desde que el señor presidente del Consejo de ministros proclamó el reconocimiento de Italia y dijo ó indicó las razones porque cree conveniente hacer ese reconocimiento? ¿No he de estar yo en mi derecho haciéndome cargo de estas razones para contestarle? ¿No he de estar en mi derecho dándole por entendido de aquellas razones que adujo S. S. á la faz de toda España, delante de toda Europa, aquí en el Congreso de diputados y en el otro Cuerpo colegislador? Pues si de estas razones, si de estas ideas, indicadas primero por el señor presidente del Consejo de ministros y luego por el señor ministro de la Gobernación, se han hecho cargo todos los periódicos españoles y muchos extranjeros, así de París como de Londres, ¿no he de estar yo en mi derecho haciendo un cargo de ellas?

Y aquí señores, del argumento más fuerte, del más grave, el que se da como más importante, del que se repite por decirlo así, aludando la voz como quien dice: ¿á ver quién contesta á eso? ¿Qué hemos de hacer sino reconocer el reino de Italia, nosotros que formamos una monarquía constitucional, tratándose también de una monarquía constitucional? ¿Pues no lo hemos de reconocer?

Señores diputados: os ligo la justicia de pensar que me canso en vano para con vosotros en deshacer este fatal argumento; pero lo necesitan otras gentes que fuera de aquí se sientan, lo necesitan ciudadanos no tan expertos como vosotros, á quien es menester ilustrar, convencer y preparar el ánimo. ¿Qué diríais, señores, de cualquier personaje que aquí ó en cualquiera otra parte se presentase diciendo Fulano de Tal es un ladrón, sus robos no tienen límite: Fulano de Tal es un asesino, todos sus asesinatos son alevosos y premeditados; pero no sé lo puede castigar porque

es muy liberal? ¿Qué pensaríais del que os dijera una cosa semejante? Pues lo mismo merece quien dice: tal Monarca es usurpador de Coronas; tal Monarca es devastador de comarcas; tal Monarca es un verdadero tirano, que atropella lo por todo, gobierna sin derecho á pueblos que no le quieren; pero sin embargo es menester reconocerle porque es Rey constitucional. El ser Rey constitucional ¿borra estos delitos? ¿Dónde vamos á parar, señores? ¿En qué se ha convertido el derecho político de España? ¿Qué principios son estos, que después tendrán aplicación á los códigos civiles y criminales de las naciones en particular, de suerte que se podrá decir impunemente que el robo y el asesinato son delitos pa-abies con tal de que se ejecuten por hombres constitucionales, y amantes por ejemplo de las prácticas parlamentarias?

Mirad lo que os la preocupación política: si se presenta el argumento en la vida particular, se desecha por irracional y por absurdo; á cualquiera que se le presente lo desecha diciendo: ¿quién es el que se atreve á sostener semejante disparate? Y vuestra preocupación política es tan grande que no comprendéis que es igual, permitidme la palabra, no trato de ofenderos, que es igual disparate el de decir que el intruso Rey de Italia es legítimo porque es Rey constitucional.

¿Conque es decir, señores, que en la guerra de sucesión pudo Inglaterra quedarse con Gibraltar porque la Gran-Bretaña es una Monarquía constitucional? ¿Conque es decir, que los Estados-Unidos, que según los mejores liberales, son casi todavía mejor que constitucionales porque son republicanos, pueden cuando gusten quedarse con la Habana? ¿Conque es decir que nuestros héroicos padres no hicieron bien en no aceptar la dominación de José Bonaparte, puesto que proclamó la Constitución de Bayona, y quiso ser Rey constitucional de las Españas, lo propio que de Italia Victor Manuel? ¿Qué os parece de este argumento, señores? Pues este es el que se nos ha hecho con mucha formalidad y de muy buena fe por el señor presidente del Consejo de ministros.

Pero no es esto sólo: se añade alguna otra razón y se dice: ya; pero es menester que nosotros, á fuer de buenos católicos, procuremos hacer algo en favor del Padre Santo; que nos pongamos en disposición de ayudarlo, y para ponernos en disposición de ayudarlo, es menester que entremos en los consejos donde se decide de los futuros destinos de la Italia: sólo así nuestro voto será útil; y para entrar en los consejos donde se deciden los destinos futuros de la Italia, es absolutamente indispensable que empecemos por reconocer el reino de Italia.

Vamos á hacer otra comparación, señores diputados: ahora, cuando salgais de este palacio para restituir á vuestras casas, suponed que os encontráis un hombre corriendo y diciendo: ese que va ahí delante huyendo de mí, me ha robado lo que me llevaba en el bolsillo, y en lo cual consistía el pan de mis hijos para hoy y para mañana: ¿me quiere Vd. ayudar á coger el ladrón y á recobrar lo robado? Vosotros le contestáis: ¿le queda á Vd. algo de lo que tenía? «Sí, señor; yo llevaba en el bolsillo 100 rs. y no me han robado más que 80.» «Pues yo opino que le conceda usted esos cuatro duros al ladrón para que no vuelva á robarle á Vd. los 20 rs.; y así ya se queda Vd. con algo para atender á sus necesidades y yo me haré amigo suyo por amor á Vd., y le diré que no acabe de hurtarle lo poco que le ha dejado.» Le dais este buen consejo, le animais con esta eficaz consolación, os vais á vuestra casa y rueda la bola.

Este es el argumento que se nos hace: que es menester entrar en los consejos del ladrón para que no os hurte más.

Todo esto es un purísimo disparate, ya lo sé yo; pero no tengo la culpa de que tan disparatado como este sea el argumento que se nos hace en favor del reconocimiento del reino de Italia. No: el medio de auxiliar eficazmente al Soberano Pontífice es ponerse de parte del derecho y de la justicia. El medio de auxiliarle eficaz y poderosamente es hacer oír desde nuestra modesta morada la poderosa voz de la justicia y del derecho. Ya sé yo que nosotros no tenemos medios materiales; que no podemos, que sería ridículo el amenazar con intervenir con las armas, ya lo sé; pero la justicia y el derecho tienen tan altos y tan poderosos privilegios, que con proclamarlos basta. Contemplad, señores ministros de doña Isabel II, los esfuerzos tan grandes, tan poderosos, tan gigantescos que se hacen para que España reconozca á Italia. ¿Tiene España más cañones, tiene España más soldados para lo uno que para lo otro? Pues ¿por qué se hacen tantos esfuerzos para que reconozca el latrocinio? ¿Por qué? Porque hay miedo de oír en vuestros labios la voz de la justicia, de la razón y del derecho; porque se quiere que el único nación que todavía mantiene la bandera del derecho la oculte en las tinieblas; no quieren oír esa voz que con ser sola y no estar armada todavía tiene miedo, como la voz del hombre de bien metió siempre miedo á ladrones y asesinos. Pero además, señores diputados, ¿os veis que por este medio tampoco se va á adelantar nada?

Hagamos un poco, nada más que un poco de historia contemporánea. En nombre de qué se nos aconseja que reconozcamos el reino de Italia? ¿En nombre del interés que tiene el Padre Santo? ¿En interés de que vuestros consejos podrán pesar sobre Victor Manuel?

Yo os pregunto: ¿qué caso ha hecho Victor Manuel de los consejos que le han dado sus amigos? ¿Qué caso ha hecho de los consejos que le han dado amigos formidables, amigos poderosos? Fijos en esto, vosotros, que no sois tan poderosos como esos consejeros; porque, una de dos: ó el Gobierno frances falta á la verdad á sabiendas todos los días (lo cual estoy muy lejos de creer, lo digo para que resalte el argumento), ó falta todos los días á la verdad, miente descaradamente, ó desde el principio de la guerra con Austria vemos que le están dando consejos en las notas que presenta al Parlamento y que corren impresas por toda la Europa civilizada. El Gobierno frances, que es un Gobierno fuerte y poderoso, con muchos soldados y con muchas naves, está dando consejos, según él asegura, á Victor Manuel hace muchos años, y Victor Manuel no ha hecho caso hasta ahora de esos consejos. ¿Creeis que va á hacer más caso de los nuestros? ¿No me desechéis, señores, este argumento, porque si me lo desecháis, tendréis que decir que el Emperador Napoleón III y sus ministros no dicen la verdad. Pero si son tales el Emperador y sus ministros que faltan á la verdad á sabiendas, ¿merecen que por sus excitaciones se rebaje á España á reconocer el llamado reino de Italia?

He dicho estas, señores diputados, que es menester colocarse resueltamente, sin vacilación, en uno ó



en otro campo, en el terreno racionalista ó en el terreno católico. Hoy todavía podemos transigir en la cuestión; pero tendiendo a la cuestión de pocos años, dentro de pocos meses la cuestión no se podrá transigir, porque todos los espíritus previsores ven claro que viene pronto un cataclismo.

Ahora bien, señores: en esta situación comprendéis que yo no puedo prescindir de hacerme cargo de ciertas palabras pronunciadas hace pocos días por el señor ministro de la Gobernación. ¡Que los extraviados de la Europa moderna, tales como los pinta el Sr. Aparisi, eran hijos del Catolicismo, del Catolicismo que viene imperando en España y en Europa hace mil ochocientos años! Pero el Sr. Posada Herrera no puede creer esto; el Sr. Posada, sin embargo, lo dijo; yo lo oí lleno de pánico y de asombro, y lo he leído después en los periódicos. Todavía creo que el señor Posada no ha querido decir lo que dijo. ¿Cómo el señor ministro de la Gobernación, mi amigo el señor Posada Herrera, había de creer que los extraviados que adolecen las sociedades modernas son hijos del Catolicismo? ¿Cómo el ministro de la Gobernación, el Sr. Posada Herrera, había de desconocer lo que hoy no desconoce nadie, absolutamente nadie, desde que ha llegado a la edad de la razón?

La civilización moderna adolece de grandes é inmensos extraviados, porque viene desde el siglo XVIII, desviándose de los principios católicos. La civilización moderna tiene hoy sobre sí un nublado grande, del cual no se sabe cómo saldrá; tiene abiertas sobre su cabeza todas las cataratas del cielo; tiene á sus pies abierto el cráter de todos los volcanes, por la sencilla razón de que hace tres siglos y medio que viene rebelde y en lucha contra el principio católico; porque ha traído el principio del libre exámen, desplegado por un fraile rebelde y apóstata contra la Santa Sede, á ser la base y el cimiento de todas las teorías hoy al uso; porque escritores, repúblicas, filósofos y poetas se han venido con la tal doctrina del libre exámen; porque se comenzó por negar la autoridad de la Sede apostólica, y se ha concluido por aplicarla á la revelación; porque el racionalismo pasea insolente y altivo su faz por los pueblos modernos; en resolución, porque hace tres siglos que se viene haciendo propaganda anti-católica; porque las libertades modernas han tenido la desventura de enlazarse, de casarse, muchas veces acaso sin querer, con el principio protestante, y esto ha dado lugar á esa desviación del Catolicismo, por efecto del cual nada es subsistente ni seguro.

Esta es la verdad, señores; y esto debe saberlo el Sr. Posada Herrera, y esto todo el mundo lo sabe, y si no quisiera decirlo el otro día, de seguro no quisiera decirlo. Las sociedades modernas tienen todos los peligros, todos los riesgos, todos los extraviados que indicó mi amigo el Sr. Aparisi; esos extraviados, esos peligros, esos riesgos inminentes y gravísimos no provienen, no del imperio del Catolicismo, no provienen de que desde el siglo XVI la civilización moderna viene desviándose, á nombre de la razón rebelde, contra la fe de sus mayores, contra el principio católico. Esta es la verdad, verdad que sabe bien el Sr. Posada, como la saben aquellos mismos que entre nosotros la niegan. Porque los que la niegan en Europa se confiesan racionalistas, y en España los que lo son no lo confiesan porque las leyes no se lo permiten; pero bien dejan comprender que no son católicos, que no tienen fe, que son en fin racionalistas. ¿Pertenecen á esta escuela el Sr. Posada Herrera? Pues sólo los que pertenecen á esta escuela pueden decir lo que el otro día dijo su señoría.

«No hay ningún partido político, ninguno, absolutamente ninguno», que pueda decir que tiene afiliada la mayoría del país, ni los que se sientan en estos bancos, ni en aquellos, ni en aquellos otros; ninguno puede decir que tiene la mayoría del país; hay en el fondo de la sociedad española un espíritu.

que no está formulado todavía, que no acude á determinado partido, ni á determinada fracción política, un espíritu que es necesario traer á la gobernación del Estado, ó los ministerios, las mayorías y los Gobiernos no tendrá fuerza alguna para gobernar, serán los ministros y las mayorías del país, pero no serán la verdadera y genuina representación del país. Palabras del Sr. Posada Herrera acerca de las cuales no tengo más que decir: *tu dixisti*. Está bien, señores; esta es la verdad; no hay ningún partido político de los que están luchando en el Parlamento, no hay ningún partido político de los que aspiran á representar aquí el país, que lo represente verdaderamente; lo representarán legalmente, pero verdaderamente no lo representarán. Así es la verdad, como ha dicho perfectamente el señor ministro de la Gobernación.

Pero ahora bien; ¿qué es lo que intentáis hacer, ministros de la Corona, puesto que vosotros, como todos los partidos políticos que se disputan el mando, estais en minoría? ¿Qué os proponéis? ¿Quedaros más en minoría? ¿Resistir todavía más el espíritu dominante en la nación española? Porque hay aquí una cosa que es preciso tener en cuenta. En España, antes y después de la Constitución de 1845, de la Constitución de 1837 y de la Constitución de 1812 hay dos cosas verdaderamente constitutivas de la sociedad. Estas dos cosas son la Religión católica y el Trono. Ahora bien; herir los sentimientos católicos, ¿es ese el camino que habeis escogido vosotros, minoría confesa y convicta del país, es el camino que habeis escogido para atraer al país á vuestro lado?

Y vosotros, ministros de la Reina de las Españas, vosotros, resonsables hasta donde vuestras fuerzas alcancen de que ella y su augusta dinastía sigan reinando sobre nosotros y sobre nuestros hijos, ¿os atreveis á tomar sobre vosotros la responsabilidad de alejar de ese Trono que debéis guardar y á que debéis servir de escudo, á la inmensa mayoría de la nación española? ¿Es esto lo que intentáis? ¿Pues buen servicio hacedis á la Corona! No olvidéis, señores ministros, una cosa importante: los partidos liberales, no son monárquicos partiendo del principio de la legitimidad; los partidos liberales son monárquicos por conveniencia, haciendo al Monarca hijo de la soberanía nacional, hijo de la Constitución; no de la constitución antigua de las Españas, no de la Constitución que arranca del Fuero Juzgo y se salva del naufragio en Covadonga, no como continuación gloriosa de la antigua monarquía, sino de unas cuantas páginas que aquí hemos elaborado y á que damos ese nombre.

La escuela liberal, los partidos liberales dicen que la Reina es Reina por la Constitución, que su legitimidad proviene de la soberanía nacional. Esta es la doctrina liberal.

Ahora bien: en el estado en que hoy se encuentra la

Europa, ¿os parece que está bien resguardado el Trono, confiado únicamente á la defensa y al apoyo de los partidos liberales, que confesáis estar en minoría? ¿Y qué recursos os quedáis? El que vieron siempre los hombres previsores. ¿Qué remedio? Buscar el apoyo desinteresado de esa inmensa masa de españoles que no pertenece á partido ninguno, que no está representada en la mayoría, ni en la minoría, ni en los centros del Congreso; que adora al Dios verdadero, ama el Trono de sus Reyes y vive honradamente de su trabajo, regalando el pan que come con el sudor de su frente. ¿Y es modo de buscar el apoyo de esa inmensa mayoría, que en la opinión del Sr. Posada Herrera no hace de nosotros caso ninguno, absolutamente ninguno, herir el sentimiento religioso, sancionando con el reconocimiento del llamado reino de Italia el sacrilegio despojo del patrimonio de la Iglesia?

Esto sería apartar del lado del Trono á sus defensores más seguros, á sus apoyos más firmes, como que hacen de Dios y del Rey una especie de culto reverente con el cual se ensalza y se entretiene el recuerdo de sus padres y el amor de sus hijos. Quidam, quidam al Trono este poderoso arrimo en los tristes tiempos que corren y dejadé exclusivamente entregado á la guarda y custodia de los partidarios de la soberanía nacional, y habreis abierto á sus plantas una sima en que ha de hundirse, si Dios milagrosamente no lo remedia.

Meditadlo bien, señores: la nación en su inmensa mayoría va á ir por un camino, y vosotros por el opuesto: cuando necesitéis las fuerzas del pueblo español, quizá se encoja de hombros y os diga: adoradores del dios éxito, reconocedores del reino de Italia, aprobasteis el sacrilegio atentado cometido contra nuestro Padre, y habeis perdido el derecho de acudir á la fidelidad de los hijos cuyos corazones desgarrasteis.

Y según el dicho exactísimo del Sr. Posada, ¿vais á imponer vosotros, una minoría, vuestra voluntad á la inmensa mayoría? ¡Ah! Señores: el caso es tan grave, que yo para concluir voy á hacer uso de un derecho que me concede la inviolabilidad de diputado, que está consignado en la Constitución de la monarquía, que es dirigir mi voz desde este sitio á todos los españoles, para aconsejarles á fuer de diputado, á todos los españoles, ó por lo menos á todos los que profesen mis opiniones, á todos los que abriguen mis creencias, que sigan la misma conducta que cuando la famosa base segunda; que hagan uso del derecho de petición mientras haya tiempo; hombres y mujeres, niños y viejos, que eleven todos al Trono de la Reina sus clamores; que invadan de peticiones su palacio; que acudan al Trono de la Reina; que humildemente usen del derecho que la Constitución les concede, para que no consienta que se socaben los cimientos de su Trono reconociendo eso que se llama el reino de Italia. Yo, por mi parte, aseguro que no lo llamaré así jamás mientras no se lo llame el Padre Santo, aun después que haya sido reconocido por nuestra augusta Soberana.

Por una rara casualidad podemos hoy escribir estas cuatro líneas.

Ayer corrimos un gravísimo peligro, sin notarlo.

Figúrense nuestros lectores que estuvimos á punto de ser arrojados por nuestros propios merecimientos, de cabeza desde la tribuna de periodistas del Congreso al salón de sesiones.

Afortunadamente, la prudencia de los que debieron ser nuestros verdugos, nos salvó.

Así nos lo dice hoy *La Discusión*:

«Cuando increpaba el orador con mayor rudeza á la tribuna de periodistas, varios redactores de algunos periódicos reaccionarios gritaron, poseídos del más feroz entusiasmo: ¡Bravo! ¡bravo!»

Estos periodistas insultaron, pues, ofendieron y escarnecieron á sus compañeros y les regalaron con el epíteto de calumniadores.

¡Júguese de la prudencia de los periodistas liberales! Ni uno sólo de aquellos alabarderos cayó desde la tribuna al salón de sesiones.

Muchas gracias por nosotros y por nuestras familias.

Y en que merecíamos tal castigo no nos cabe duda.

Como que nosotros, que diariamente nos oímos escarnecer dentro de aquella casa, arriba y abajo, en vuestras personas y en la de nuestros amigos, que escuchamos calumniar nuestras ideas, y vuestras intenciones, y todo, sin darle más contestación que la del... silencio, nos propasamos ayer á tomar la parte que debíamos en la demostración provocada contra el Sr. Nocedal por un *genio* democrático, quien empleó para iniciarla frases que no sabemos en que *cátedra* las habrá aprendido.

Nuestro crimen, en el cual tuvimos por cómplices á la totalidad del Congreso, salvas tres ó cuatro honrosas excepciones, y á gran parte de los concurrentes á las demás tribunas, era como se ve horrible, inusitado.

Como que consistía, en protestar en nombre del absolutismo contra la libertad de insultar y escarnecer *anónimamente*, en imponernos despolíticamente cuatro á más de cuarenta... como que era la sombra de la España antigua, tratando de velar los albores de la... porvenir.

Afortunadamente, la prudencia de nuestros sacrificadores nos salvó.

Muchas gracias.

PRENSA. Hé aquí el apellido de un diputado, ministerial hoy, que habló ayer en el Congreso para *alusiones personales* con motivo del apóstrofe dirigido por el Sr. Nocedal á los periodistas liberales que en nombre de sus ideas sin duda trataron de ahogar con insultos la poderosa frase de nuestro amigo.

Prensa, nos ha dicho hoy un rey de Armas á quien hemos consultado, es apellido reciente, á quien el ministerio anterior expidió ejecutoria en cabeza de un servidor fidelísimo, y en forma de comisión especial para Sevilla.

Pinta por armas en campo de gules una prensa, sable, que funciona dirigida por una mano de su natural color estrujando cabezas de electores.

El todo va orlado por credenciales y grilletas cuarteladas, las primeras simples en campo de plata, los segundos sables en campo de gules.

Sorromta el escudo un monion de tres regillas mirando á la izquierda.

El poseedor de esta casa antepone su nuevo apellido al de Fabié, precediendo á este la preposición *antes*.

Un periódico liberal nota hoy que casi siempre que algun *reaccionario* habla en el Congreso se promueve un escándalo.

¿Y de quién es la culpa, preguntamos nosotros, de la conciencia que da la voz, ó de los que por ciertos medios pretenden ahogar su remordimiento?

La escena de ayer lo prueba sobradamente; ¿quién promovió ayer la escena del Congreso? El Sr. Nocedal, que peroraba tranquila y razonadamente, ó el liberal-demócrata que por serlo pretendió interrumpirlo con una interjección que no calificaremos?

Vuestra tolerancia es igual á la firmeza de vuestras convicciones.

Una y otras son metal falso que deslumbra á los que no lo conocen, pero que no resiste á la gota de agua fuerte aplicada por mano inteligente.

Dice *La Democracia* reseñando el incidente promovido en el Congreso cuando hablaba el Sr. Nocedal, que al llegar el orador á determinado punto de su discurso, «un grito de indignación salió de todos los pechos, y grito dictado por los latidos de todos los corazones.»

¡Todos los pechos, y todos los corazones!

¿Cuántos pechos y cuántos corazones tendrá el Sr. Castelar?

Nos habíamos propuesto, suponiendo que el *Diario de las Sesiones* sería reproducción fiel de lo que en el Congreso se dice, trasladar á nuestras columnas varios trozos del discurso pronunciado por el ministro de la Gobernación en contestación al del Sr. Aparisi; pero al notar que lo que el *Diario* inserta es completamente diferente de lo que escuchamos salir de la boca del Sr. Posada Herrera, no tenemos para qué ocupar nuestras columnas con su reproducción.

Conste así, y recuérdese que en tiempos de *Union liberal* estos casos son frecuentes.

El *je ne conteste pas* del difunto Sr. Calderón Collantes, parece dogma de la partida.

Entre el conde de San Luis y el Sr. Nocedal, los diarios liberales están por el primero. Esto se comprende bien.

Parece que los consejos que dió nuestro amigo al Sr. Nocedal á todos los españoles respecto á la conducta que deben seguir en las actuales circunstancias en que se anuncia el reconocimiento del llamado reino de Italia, han herido en lo vivo á las huestes liberales.

*La Democracia*, olvidándose de aquello de *libertad é igualdad*, exclama sin perder tiempo:

«Se atreva el Episcopado y el Clero á seguir los fustos consejos del Sr. D. Cándido Nocedal, y aprovechar las prerogativas, derechos y autoridad que el Estado les concede para volverlas contra el Estado? Pero entonces, necesario es dilucidar, si el Estado debe mantener un privilegio anárquico además de injusto que se vuelve contra él, cuando no le tiene subyugado. El grande escándalo no consistiría ya en que como en el asunto de la Enciclica los Obispos, sino en que las leyes continuasen protegiendo á los Obispos.»

¿Qué nos cuenta Vd., amiga *Democracia*? ¿Conque es un privilegio, y privilegio anárquico, el derecho de petición que tienen los Obispos, como todos los españoles? ¿Qué le parece al diario democrático del efecto que produjo el ejercicio de ese privilegio anárquico de que usaron todos los buenos católicos cuando se discutía la célebre base segunda?

Cálmese *La Democracia* y no deje que se le escapen los pies, como en el suelto que copiamos, siquiera para que no se aperciba el país de lo que sería la igualdad dispensada por los demócratas, y además lea el discurso del señor Nocedal, y en él verá que nuestro amigo no se dirigió exclusivamente al Episcopado y al Clero, sino á todos los españoles, hombres y mujeres, niños y ancianos.

El 10 de Agosto á que se refería MARAT ayer en *La Discusión*, era el de 1792! ¿Qué fijas tiene Marat las ideas!

Camilo Desmoulins escribe hoy en *La Democracia*:

«Ayer salió de Madrid el Sr. Gonzalez Brabo. ¡Ha salido libre, sano y salvó! ¡Hay justicia!»

¡Pobre Camilo! Ya sabes tú que la hay.

Mucho quisiéramos llevar á nuestros lectores noticias halagüeñas sobre el estado de nuestro país, y especialmente acerca de nuestras relaciones con Italia; pero los acontecimientos parece que van al vapor, según dice el corresponsal del *Diario de Barcelona*, y el Gobierno va á reconocer cuanto antes el llamado *reino italiano*. Los primeros pasos están dados ya, de modo que los agregados á la legación española en el antiguo reino de Cerdeña, que hasta ahora han permanecido en Turin, han salido ya para Florencia, donde se habrán reunido con el Sr. Zarco del Valle.

Dicen también los periódicos, que de Florencia vendrá á Madrid como representante del Rey Víctor Manuel, ó el general Cialdini, ó el

marques de Adda, milanés, enlazado á una hija de los Principes Pios.

De los preparativos para este acto vergonzoso para España, nos dá noticia una carta de París, fecha del 3 del corriente, que tenemos á la vista, de la cual copiamos los párrafos que siguen:

«Segun indiqué á V., la circular es del 26 de Junio.

«Consta de dos documentos distintos; una carta bastante corta á la que va adjunta copia de un despacho dirigido el mismo día por el Sr. Bermudez de Castro al Sr. Pacheco, embajador de España en Roma.

«El despacho mencionado HA PASADO, COMO ES NATURAL, POR PARÍS. Llegó el 29 por la noche, y continuó su camino hacia Roma, siendo su portador un correo de embajada.

«En el momento en que escribo estas líneas, es dudoso que haya llegado aún á su destino y que el Cardenal Antonelli haya podido verlo. Por esta razón usted comprenderá que por mi parte guarde cierta reserva sobre el contenido del citado despacho.

«No creo, sin embargo, faltar á la reserva que me he impuesto, comunicando á V. desde luego algunas indicaciones sucintas que tengo motivos para creer exactas.

«Dicese en resumen en dicho documento, que el Gobierno de la Reina cree llegado el momento de abrir negociaciones para el reconocimiento del reino de Italia, y cree poderlo hacer sin faltar á los sentimientos de respeto y adhesión hacia el Padre Santo, que constituyen en cierto modo la política tradicional de la corona de España. Se lisonja de que al nombrar un representante en Florencia, se encontrará en posición de defender los derechos de Roma y emplear su influencia en favor de la conservación de una soberanía, cuya independencia interesa en alto grado á todas las Potencias y conciencias católicas.

«En cuanto á los Principes desposeídos, no puede dudarse seguramente de las simpatías que con respecto á ellos profesa el Gabinete de Madrid; pero el retraimiento de España, aun cuando se prolongase por más tiempo, no tendría por resultado el apresurar su regreso á Nápoles, Florencia, Parma y Módena.

«Se indica además al Sr. Pacheco que lea dicho documento al Cardenal secretario de Estado.

«Repito que no hago más que extractar, y ni siquiera trato de analizar el consabido documento. Hago sucintas indicaciones, menos con el objeto de resumir el despacho de 26 de Junio, que con el de dar una idea exacta del espíritu que en él domina. Hechas estas reservas, creo que nadie desmentirá mis noticias.

No extrañamos, atendido lo de que habla la carta que precede, que se recogiesen Francia é Inglaterra por los acontecimientos de España, cuya buena voluntad tal vez nos cueste lágrimas de sangre. Los mismos motivos de su alegría, lo son para nosotros, como decía ayer el señor Nocedal, de aflicción y de vergüenza, y es indudable que cuando sea mayor la nuestra, se habrán completado los deseos de nuestro leal vecino. Entretanto, vean nuestros lectores explicados estos motivos en las líneas que siguen de un periódico de noticias:

«No sólo los periódicos franceses é ingleses se felicitan del cambio ministerial que se ha operado en España, considerándole como una prenda para Europa de que nuestro país conoce las exigencias de la época, y está animado del verdadero espíritu moderno; los diarios italianos también se muestran favorables á la nueva marcha política, y se apresuran á estrechar nuestra mano con la efusión de los que, admirándose y estimándose, viven separados contra su voluntad.»

Napoleon es una excelente persona. Se desvive por el bien de las demas naciones y no cesa de trabajar en provecho del Catolicismo. Hé aquí lo que dicen que va á hacer ahora, segun cuenta *La Correspondencia*:

«La Francia, que durante las negociaciones entre los Gobiernos de Roma y de Florencia se ha mantenido reservada, va á abandonar esta actitud para servir de intermediaria cerca de las cortes italiana y Pontificia. A este fin ha enviado sus instrucciones á sus representantes en Roma y en Florencia, y trabaja impulsada por un noble deseo con el fin de que se reanuden cuanto antes las interrumpidas negociaciones.»

Todavía restenan los ecos del 10 de Abril. El ayuntamiento y diputación provincial que no pudieron en su día hacer manifestaciones que no son propias de aquellas corporaciones, tratan ahora:

1.º De abrir una suscripción, á fin de atender al alivio de los que sufrieron perjuicios el 10 de Abril.

2.º Hacer unas honras fúnebres en recuerdo de los que murieron aquella noche.

3.º A más se ha suprimido el despojo de la Plaza de toros.

Falta todavía suprimir la Guardia veterana, y en verdad que atendido el camino en que se han puesto los o'donnellistas, difícilmente podrá salvarse. ¿Qué contestarán á las siguientes observaciones de *La Democracia*?

«¿Será posible que no se destruya la Guardia veterana? ¿Será posible que la Guardia veterana no se disuelva? ¿Será posible que esto continúe? Se le prohibe que vaya á la Plaza de Toros al despojo. Se le prohibe que acompañe al ayuntamiento. Se le dirigen severos cargos desde la tribuna pública. Los hombres que hoy mandan dijeron que habían sido instrumento de un crimen, y luego se mantiene ese cuerpo y con él la desconfianza entre la población de Madrid y la Guardia veterana, que había sido antes la seguridad de sus propiedades y de sus familias. Es imposible que la Guardia veterana continúe siendo la seguridad de Madrid, después de los terribles sucesos de la noche del 10 de Abril.»

Para este efecto, segun *Los Tiempos*, se están recogiendo firmas para una exposicion, ó mejor dicho para dos ejemplares de una exposicion que se presentará simultáneamente al Gobierno y á las Cortes, pidiendo la disolucion de la Guardia civil veterana.

El Sr. Calderón Collantes, ¿se dará por notificado?

Las Noticias dicen:

«La *Opinion Nationale* dice en su número de ayer que el general Prim es objeto de todas las conversaciones en los círculos diplomáticos de París, á causa de la actividad febril que despliega, y que cada uno interpreta á su manera.

«Las entrevistas de dicho general con varios personajes, y su repetida asistencia á banquetes en casa de los embajadores, dan ocasión á dichos comentarios, y algunos creen ver en todos estos sucesos algo que se relacione con la unidad ibérica.»

A esto dice *La Iberia* que lo único que puede añadir es que el general Prim se halla tranquilamente tomando los baños de Vichy.

Creemos que tiene razón *La Iberia*. Teniendo que tomar baños el general Prim porque estará enfermo, y gozando completa salud el general O'Donnell, ¿por qué ha de molestarle el primero, si los dos están animados de un mismo espíritu?

¿Por dónde, Sr. Alarcon, debe el Sr. Nocedal á la prensa el ser diputado? La respuesta debe ser curiosa; porque ni siquiera por casualidad ha sido periodista nuestro amigo. A no ser que entienda el Sr. Alarcon que los electores le envían al Congreso por la valentía con que ataca la tiranía del cuarto poder, en cuyo sentido podría deber á la prensa el sentarse en el Congreso.

Anoche se recibió el siguiente telegrama:

«SOUTHAMPTON, 5. La fragata *Concepcion* ha llegado y en ella el duque de Montpensier y su familia.»

El infante D. Sebastian ha sido acriado por el Rey de Portugal con la gran cruz de la Torre y la Espada. Este Principe se propone permanecer largo tiempo en Lisboa. Más tarde parece se establecerá en su casa de Aranjuez.

A primera hora de la noche de ayer hubo alarma, confusión y carreras en la calle de Atocha. El hecho lo motivó, segun luego se supo, una fuerte detonación producida por un petardo.

Anoche estuvieron las tropas sobre las armas; recorrieron ciertos barrios algunas patrullas, y se distribuyeron municiones á las fuerzas que guarnecen esta corte.

Comienza hablarse de *a titules tirantes* del señor Ríos y Rosas para el Gobierno, y de la posibilidad de un ministerio Pavia-Ríos y Rosas, formado el cual, los *puros* ofrecen, por conducto de algunos de sus hombres, que residen actualmente fuera de España, salir del retraimiento.

Un periódico había hoy también de poca gana en el duque de Sexto para continuar de gobernador de Madrid.

Relata referimus.

Ayer el conde de San Luis, favorecedor del general O'Donnell, alegó como un título de gloria el haber sido escritor en *El Herald*.

Como nosotros somos nuevos en la vida política, no conocemos bien si esto puede, ó no, alegarse como un título de gloria.

Por eso agradeceríamos á *El Diario Español*, quien recordamos que alguna vez se ha ocupado de este asunto, nos dijese qué era *El Herald* y hasta qué punto puede uno vanagloriarse de haber sido de sus hombres.

Los periódicos que se publican en Madrid, y que han circulado por la Península durante el mes de Junio anterior, han satisfecho por derecho de timbre una suma total de 71,101'72 rs., en la forma siguiente:

	Rs. vn. Cs.
La Correspondencia de España.	12,000
La Iberia.	6,634'40
La Esperanza.	5,248
Las Novedades.	5,130
La Regeneración.	4,806
La Democracia.	3,760
El Pensamiento Español.	3,481
El Cascabel.	3,066
La Epoca.	2,502
Las Noticias.	1,760
La Nación.	1,730
La Política.	1,725
El Diario Español.	1,664
El Pueblo.	1,647'60
Los Tiempos.	1,480
La Soberanía Nacional.	1,306
El Gobierno.	1,280
El Pabellón Nacional.	1,200
La España.	1,050
La Razon Española.	1,000
El Eco del País.	1,000
El Leon Español.	1,000
El Progreso Constitucional.	900
La Balsa.	856'80
El Critico.	712
El Reino.	700
El Independiente.	682'80
La Verdad.	618'80
Gil Blas.	499'40
La Patria.	400
La Libertad.	360
Espectro Público.	303
El Eco Nacional.	280
El Contemporáneo.	210
La América.	72

## ULTIMA HORA

### TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 7.

Al revés de lo que han asegurado varios periódicos extranjeros, el presidente del Cuerpo legislativo continuará siendo nombrado por decreto Imperial, y no tiene el Emperador proyecto de conceder á la Cámara el derecho de elegir su presidente.

En altas regiones se cree que las negociaciones suspendidas entre Italia y la corte romana volverán á emprenderse en el mes de Octubre próximo, en cuanto terminen las vacaciones que comenzaron el 1.º de Julio.

Cartas de Constantinopla confirman que en su viaje á dicha ciudad, el Virrey de Egipto dará su aprobación definitiva, hasta hoy aplazada, al convenio relativo á la construcción del canal del Istmo de Suez, celebrada entre la corte de las Tullerías y la Puerta Otomana.

En la Bolsa se han cotizado los valores á los precios siguientes:  
Títulos del 3 por 100 consolidada 42-00 publ.  
Títulos del 3 por 100 diferido 40-00 publ.  
Deuda amortizable de primera clase 38-75 no publ.  
Deuda amortizable de segunda id. 20-50 no publ.  
Deuda del personal, 23-30 no publicado.  
Obligaciones del Estado para subvencion de ferrocarriles, 80-25 publicado.



## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Fermín, Obispo, San Claudio y San Odón, mártir.

SANTO DE MAÑANA. Santa Isabel, viuda, Reina de Portugal.

### CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas, en la iglesia de San Justo, donde dará principio la novena que anualmente se celebra a Nuestra Señora del Carmen: á las diez habrá Misa mayor con sermones, que predicará D. Juan Abdon, y por la tarde, en los ejercicios, que comenzarán á las seis, dará el sermón el ilmo. señor D. Manuel Jesús Rodríguez, terminando con la novena y reserva solemne.

Continúa celebrándose la novena de la Virgen del Milagro en las Descalzas Reales, y predicará en la Misa mayor D. Pro H. Rodríguez Frías, por la tarde en los ejercicios D. Ignacio Silva.

Continúa también la novena de la Virgen del Carmen en San Antonio del Prado, y predicará D. Ambrosio de los Infantes por la mañana y D. Vicente Pastor por la tarde.

Hoy da principio en Santo Tomás una solemne novena a Nuestra Señora del Carmen: á las diez habrá Misa mayor y sermones, que predicará D. Salvador Marques, y por la tarde á las seis en los ejercicios dará la plática D. Patricio Páramo. También principian novenas a Nuestra Señora y predicarán, por la tarde, en San José D. Benito Sánchez Grande, y en el Hospital del Carmen, D. Miguel Navas.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de la Concepción en San Pedro, ó la Medalla Milagrosa en San Ginés.

Se reza de Santa Isabel, viuda, con rito doble de segunda clase y color blanco con octava.

## CORTES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARQUÉS DEL DUERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 6 de Julio de 1865.

Se abrió á las dos y media, y leyó el acta de la anterior, fue aprobada.

### ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de ley de aprovechamiento de las aguas.

Leído el art. 194 fué aprobado sin debate alguno, como también el 195 y el 196.

Leíose el art. 197, y está concebido en estos términos:

«En las concesiones de aprovechamiento de aguas públicas ya incluidas en las leyes necesarias para las obras de la presa, y de los canales y acueductos, siempre que sean públicos ó del Estado, ó del común de vecinos.

Respecto de terrenos de propiedad particular proceda la servidumbre forzosa ó la expropiación, según los casos, salvo lo dispuesto en el art. 128.

Las aguas concedidas para un aprovechamiento ó pueden aplicarse á otro diverso sin nueva autorización. Pero si el nuevo aprovechamiento fuere análogo al antiguo y no exija mayor cantidad de agua ni alteración alguna en su presa, dirección, nivel y pureza, concederá la autorización el gobernador de la provincia.»

Abierta discusión sobre el dict. dijo

El Sr. LUXÁN: El artículo está bien, y sólo en su último párrafo encuentro una frase que en mi concepto está de más, pues dice que las aguas concedidas para un aprovechamiento no pueden aplicarse á otro diverso sin nueva autorización. Si este no exige mayor cantidad de agua, ni alteración alguna en su presa, dirección, nivel y pureza.

Si más debate me lo aprobo el art. 197.

Se leyó el 198, que decía así:

«En toda concesión de aprovechamiento de aguas públicas se fijará en metros cúbicos ó en litros por segundo la cantidad de agua concedida; y si fuere para riego se expresará además por hectáreas la extensión del terreno que haya de regarse. Si en aprovechamientos anteriores á la presente ley no estuviera fijado el caudal de agua, se entenderá concedido un caudal el necesario para el objeto del aprovechamiento, pudiendo el Gobierno establecer al efecto los módulos convenientes á los intereses de los usuarios.»

Abierta discusión sobre el dict. dijo

El Sr. LUXÁN: No me voy á oponer al artículo, porque lo encuentro bien; pero sobre la comisión que las aguas destinadas á riego, especialmente en los distritos de Valencia, Murcia, Alicante y aun en Granada, se utilizan para riego de día y de noche, y hay derechos de riego de día y de riego de noche, estableciéndose por costumbre inmemorial en los diversos puntos cuando comienza la noche, del mismo modo que cuando ha de empezar y terminar el día, en el cual podía haber alguna variación según las diferentes comarcas y las diversas estaciones.

El Sr. OLIVAN: S. S. conice que los riego de noche no son más que la continuación de los del día, y que los riego de noche no siendo la verdadera medida del agua, otra cosa que la cantidad de metros cúbicos que se consumen, y la cual podría hacerse con exactitud por medio de un medidor, si éste estuviera acostumbrado á las g. n. v. del tiempo, pero si bien no se halla en el caso de la hora al verificación de la medida, la cantidad que pasa por ella en un tiempo determinado, y por consiguiente la que se consume para regar tal ó cual terreno, y de esa manera determino su riego.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Acto continuo se aprobaron deliberativamente varios proyectos de ley.

El Sr. PRESIDENTE: Los señores senadores se servirán reunirse en secciones para nombrar la comisión que ha de informar acerca del proyecto de ley remitido por el Congreso de señores diputados, volviendo después al salón para dar cuenta de los referidos nombramientos.

Se suspende la sesión.

Eran las tres y media.

Abierta de nuevo á las tres y cincuenta minutos, se dio cuenta, y el Senado que he enterado, de que las secciones, en la reunión que acabó de verificarse, habían acordado para la comisión que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley autorizando al Gobierno para que pudiese una nueva ley electoral, á los señores marques de Valdeolmillos, conde de la Oliva, don Francisco Santa Cruz, D. Juan de Salazar, duque de la Torre, D. Luis María Pastor y D. Francisco Luxán.

Ocupando la tribuna el Sr. Escudero y Azara, leyó el dictamen de la comisión relativo al proyecto de ley reformando el art. 84 de la ley de imprenta, anunciándose que se imprimiría y repartiría, y se señalaría día para su discusión.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente sobre el proyecto de ley de aprovechamiento de aguas y demás asuntos pendientes.

Se levantó la sesión pública para quedar el Senado en sesión secreta. Los asistentes á las tribunas se servirán desocupar.

Eran las cuatro.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALVAREZ.

Extracto de la sesión celebrada el día 6 de Julio de 1865.

Abierta á las dos y media, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

Los Sres. Santa Cruz y Guillén agregaron su voto, el primero al de la mayoría y el segundo al de la minoría en la votación de ayer.

Quedó sobre la mesa el dictamen propuesto por la aprobación del acta del distrito de San Vicente (Valencia), y la admisión de D. Juan Miguel de San Vicente.

El Sr. CANDAU: Ayer fué votada la autorización para plantear la reforma electoral. Tuve la desgracia de no poder usar de la palabra para explicar mi voto afirmativo. Cuando la votación se me hubiese anticipado, si hubiera podido usarla habría hecho algunas observaciones acerca del desenvolvimiento de varias bases de dicha ley, desenvolvimiento con el cual no estaba enteramente conforme. Habría dicho algo también acerca de la supresión del capítulo relativo á incompatibilidades hecha por la comisión, sin duda por respeto á un proyecto presentado aquí, tomado en Consideración, y sobre el cual se espera el dictamen de otra comisión del Congreso. Yo suplico, pues, á esa comisión que diga el estado de sus trabajos, y si la cuestión de incompatibilidades ha de venir aquí para discutirla.

El Sr. NOCEDAL: La comisión que entiende en la ley que yo propuse se reunió inmediatamente y decidió tener una conferencia con el Gobierno. Esperaba celebrar esta conferencia para presentar inmediatamente su dictamen. Me temo, sin embargo, que para proponer la absoluta incompatibilidad nos vamos á quedar solos el Sr. Aparisi y yo; pero solos ó acompañados, presentaremos nuestro dictamen, después de oír al Gobierno.

De todos modos, como yo sea diputado, ese proyecto de ley se presentará en todas las legislaturas, y espero que alguna vez pasará.

El Sr. CANDAU: Doy gracias al Sr. Nocedal por su contestación. No habría hecho esta pregunta si hubiera visto que la ley que ayer votamos contenía algo sobre esta materia. El Sr. Nocedal me da una mala noticia, porque soy partidario de la incompatibilidad absoluta; y si vuelvo á ser diputado, insistiré en que esa cuestión se resuelva como yo creo que debe resolverse.

El Sr. MIOTA: El decreto de 1829 sobre impuesto gradual en las herencias, fué derogado por la ley de presupuestos de 1838, y desde entonces, nadie cobró el impuesto gradual sobre las herencias. Hoy le ocurre á la administración cobrarlo, no con arreglo al decreto de 1838, sino con arreglo á las disposiciones anteriores. Sobre esto, anunció una interpelación al Sr. ministro de Hacienda.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del señor ministro.

Se leyó la siguiente

Proposición del Sr. Fernandez Espino.

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que será con pena todo lo que se haga por objeto el reconocimiento del llamado reino de Italia, en tanto que no haya sido reconocido por la Santa Sede.»

El señor ministro de ESTADO: La proposición que acaba de leerse ha sido presentada antes en forma de interpelación. La contestación á esa interpelación estaba aplazada; sus autores tienen derecho á convertirla en proposición, en vista de que el Gobierno no cree conveniente entrar en ella y de ese derecho acaban de usar.

Reconociendo el Gobierno el derecho de los señores diputados, creo, sin embargo que es altamente inconveniente á los intereses públicos hablar hoy del reconocimiento de Italia. El Gobierno ha dicho que cree llegado el caso de entrar en una nueva política respecto de Italia; pero habiendo negociaciones pendientes, el Gobierno no puede entrar en la discusión de este asunto, y de un modo podrá responder á las razones que se aleguen en pro de esta proposición. Digo esto, para que no se crea de cortección si falta de razón en el Gobierno su silencio. El deber público le vea contestar; no podría hacerlo sin comprometer altísimos intereses.

El Sr. FERNANDEZ ESPINO: Señores diputados, no es mi ánimo entorpecer la marcha del Gobierno con esta proposición. Hombre de orden, no habia de contribuir con mi palabra á promover obstáculos al ministerio en la parte de su programa encaminada á afianzar el orden y la libertad. Mi proposición, pues, no se refiere á la gubernación interior del Estado; refiérase á una cuestión internacional, que entraña el derecho de gentes y el principio católico, ó nuestros derechos eventuales al Trono de las Dos Sicilias y que toca á las sentimientos más hondos y arraigados en la sociedad española.

Paréceme que en una cuestión como esta debía yo dejar la palabra al Sr. Nocedal, más oportuno que yo más para que no se crea que la frase de S. S. es la única que sostiene esas ideas. Me he levantado á sostener esta proposición, seguido de que en ellas me acomoda el voto de la antigua mayoría.

Se no lucha de reaccionarios en este punto. Si aquí hubiera algo de reaccionario, estaría de parte de los que aplauden la usurpación; no de los que defendemos el respeto á la justicia y á la autonomía de los pueblos. Por lo que toca á la libertad, no hay nada que pueda destruir; el mismo programa del Gobierno no es sino una ofensa á la opinión. La libertad no puede recibir herida alguna del respeto á las leyes ni de la discusión pacífica.

Viniendo á Italia, quiero, conociendo su historia no se sentirá atraído hacia ese país por el entusiasmo? Como de hombres insignes, ha contribuido más que ningún otro pueblo á la civilización. También ha pagado por constituirse, aunque con tan escasa fortuna, que ha podido exclamar uno de sus poetas:

Siempre esclava y pobre Italia.

ó viciosa ó viciosa, siempre esclava.

Podrá conseguirse la libertad de Italia por la unidad? Timers y Proudhon son de opinión contraria; y el segundo, después de gran copia de razones dice: La federación de Italia propuesta y defendida por un Emperador era la verdadera realización del principio; la unión hace la fuerza. El joven Rey de Nápoles se colocaba al lado del Rey Víctor Manuel; el Pontífice y el Emperador de Austria habrían seguido el movimiento y los duques se habrían adherido á él. Pero hoy, cómo puede hacerse un llamamiento al sentimiento de las nacionalidades, cuando el primer paso que se da es alargarlas?

En efecto, los imperios poderosos, después de ser un temor para los vecinos, cuando están formados de elementos tan heterogéneos como Italia, en que se encuentran diversas nacionalidades, necesitan una gran centralización de poder. No hay, pues, que pensar en la libertad municipal, provincial ni política; se necesitan muchos años para mantener un ejército numeroso y una fastuosa corte.

Si examinamos las repúblicas griegas que eran federales, veremos que ellas tuvieron bastante fuerza para vencer en Salamina. Si después sucumbieron ante el poder de Alejandro fue porque sus costumbres estaban viciadas, y las naciones caen cuando se corrompen. Pero ¿qué necesitamos apelar á ejemplos antiguos? ¿Y Santa, señores? La Santa moderna no conserva en cada ciudad su libertad? ¿No es bastante fuerte dividida en cantones? ¿No es bastante fuerte y es bastante fuerte para defenderse? ¿No es bastante fuerte para defenderse?

En Italia Víctor Manuel comienza por realizar la unión dando á Francia la Saboya, es decir, donde se encuentran la cuna y las cenizas de sus mayores. ¿Y por qué Francia no devuelve para la realización de esa idea la isla de Córcega á la Italia? ¿Pues si Francia es Inglaterra quieren la unidad italiana? ¿Por qué no las devuelve? Esto prueba que en esto no ha pensado, sino en proteger al poderoso contra el débil.

Aquí, señores, se ha violado el derecho de gentes. En la sesión del mes de Marzo de 1861, en que se trató de la misma materia, cuando los progresistas pedían á este mismo Gobierno el reconocimiento de

Italia y el Gobierno se negaba á él, el Sr. Maza y Zorrilla le llamaba á aquel movimiento empresa sin héroes, conquista sin batallas, que no la legítima el derecho, ni puede aplaudir la historia.

Es verdad, señores, que aquí no ha habido héroes: sin el auxilio de los canones de Magenta y Solferino, Víctor Manuel no habría podido pensar siquiera en su empresa.

Señores, el agente de esta empresa fué la traición, y la traición es una máquina de guerra indestructible. España peleó valerosamente en Gualadete y no alcanzó la victoria por la traición de los generales de Wlaza. Don Sordani no pudo librarse tampoco de la traición de Vellido Dolfos. Francisco II defendió el útimo baluarte de su reino con heroísmo, y sobreleva su desgracia con la resignación del cristiano y la dignidad del caballero. ¿Cómo se dice que no era digno de su reino? Señores, lo repetiré, sólo la traición pudo vencerle. Y después, cuando se produjo una reacción en favor suyo ¿por qué tanta crueldad y barbarie para dominarla?

No terminaré este cuadro terrible sin leer algunas palabras de Sr. Nocedal que le dan la última mano, palabras pronunciadas en la discusión del mensaje: «¿Es por ventura, decía el Sr. Nocedal, la facilidad con que se ha alzado el reino de Nápoles? ¿Hoy olvidado el Sr. Posada Herrera que para vencer la resistencia ha sido necesario palear todo el cuchillo y abasar pueblos enteros? ¿Dónde ha estado S. S. que no sabe que en las Cámaras inglesas se ha levantado la voz á nombre de la humanidad contra las crueldades cometidas en Nápoles?»

Pero ¿cómo aquellos que han reunido riquezas por medio de robo no pueden disfrutarlas con tranquilidad, del mismo modo no podrán ser poseedores tranquilos los pueblos, cuya conquista se debe á la fuerza y á la usurpación. Ved á Polonia destruida por el tratado de 1815, levantarse una y otra vez contra sus tiranos: ved á Austria constantemente recelosa ya de la Croacia, ya de la Bohemia, ya de la Hungría. ¿O prueba que lo que Dios ha querido que no esté unido, en vano trata de unirlo la despotizada ambición humana?

Pero suponiendo que no se hubiera violado el derecho de gentes ni atacado ninguna nacionalidad, España, ¿puede reconocer el reino de Italia sin la cesión de su derecho?

Sabido es que nosotros tenemos derechos eventuales al reino de las Dos Sicilias por el casamiento del Rey D. Pedro III de Aragón con Constanza, hija de Manfred, Rey de Sicilia. Las vicisitudes de aquel reino han sido el advenimiento al Trono de nuestro Rey D. Carlos III son conocidas. Pues bien: en el reconocimiento de Italia va envuelta la cesión de esos derechos. ¿Puede el Gobierno hacerlo? ¿No dice la Constitución que para ceder el derecho á un territorio nuestro necesita el consentimiento de las Cortes?

Por otra parte, el Rey destronado de Nápoles es Borbón, es pariente del último Borbón de Europa; y al reconocer ese acto vandálico ejecutado contra ese Monarca, reconocemos anticipada é implícitamente la legitimidad de las tentativas que en adelante pudiera hacerse contra el Trono de la Rens.

Y si esto es así respecto del Trono de Nápoles, ¿qué será respecto del territorio pontificio? Cuando la fe católica ha producido todo lo que hay de más grande en nuestra historia y de más bello y sublime en las letras y en las artes, ¿cómo, sin renegar de nuestras glorias, podemos reconocer la usurpación del patrimonio de San Pedro?

Se dirá que no se ataca el poder espiritual, y que siglos enteros existió sin el temporal. Es verdad, pero la historia de esos tiempos es el martirio de los Pontífices; por eso el poder temporal vino providencialmente aclamado por los pueblos como garantía y amparo del poder espiritual.

Se podrá decir: el poder temporal se conservará, aunque restringido. Yo diré que siendo el poder temporal escudo del espiritual, cuanto más aquel se restringa, más débil quedará éste. Pero prescindiendo de esta cuestión, ¿se ha olvidado que en el Parlamento de Turín existe una acta solemne declarando á Roma capital de Italia? El tratado de 15 de Septiembre no es más que una preparación y una tréguera para ese suceso. Mientras no se derogue aquel acto, subsistirá el peligro.

Yo sé que las puertas del infierno no prevalecerán contra la fe; yo creo que si los gaitos cisalpinos llaman de nuevo á las puertas de Roma, no la de faltar un Manlio cristiano que la defienda; pero por lo mismo que sé todo esto, creo que no debemos, oyendo las argucias de una lógica acomodaticia, ir á poner sobre la sagrada persona del Pontífice la corona del martirio.

Y, señores, ¿por qué vamos á hacer ese sacrificio? ¿Qué ha hecho por nosotros el Piamonte? Casado Felipe V con una hija del duque de Saboya, este declaró la guerra á España.

Meoerto Carlos VI, Emperador de Austria, en 1740, y habiendo formado Cerdeña, Prusia, Francia y España una liga contra Austria, el reino de Cerdeña se volvió contra nosotros. El Piamonte fué contrario al principio liberal en tiempo de Carlos III, y en 1823, Carlos Alberto, padre de este Monarca, llegó con las francesas que vinieron á arrebatarnos la libertad, en caso de voluntario, hasta las aguas del Tirocadero. La nación piamontesa fué la penúltima potencia occidental que reconoció á Isabel II, y eso lo hizo en odio á las instituciones liberales de España.

No otros hemos peado desde edades remotas por nuestra independencia; en tiempo de los cartagineses, de los romanos, de los godos, y finalmente, de los sarracenos, en un rudo y porfiado batallar de ocho siglos, no hay ciudad que no recuerde algún triunfo de la independencia y de la fe. Al principio de este siglo, como tenemos las glorias de San Marcial, Victoria y Bailén? No vivo en algunos deudos de las víctimas del Dos de Mayo, por quienes Madrid dirige todos los años preses á España en muestra de gratitud y amor.

Alh, señores, si Duoz y Ven de, que dieron su vida por la patria, pudieran ir, desde la cárcel de su sepulcro, se apartarían con asombro é indignación por no presenciar la flagrante contradicción en que este país clásico de la independencia se ve, ácurrir, reconociendo en otra parte la usupación y la tiranía.

Aún más reciente tenemos el suplicio del general Lopez en Cuba. ¿Por qué fué ejecutado? ¿Qué pretendía? Anexar la isla de Cuba á los Estados Unidos. Si otro aventurero se presentase con ese objeto, ¿vendríamos la fuerza moral para contrarrestarlo, y una vez reconocida la usupación en Italia? No, señores.

Voy á terminar. Este ministerio era de opinión contraria á ese reconocimiento: en 1861; presumo que lo era también en este mismo año cuando estaba en la oposición, puesto que cuando se presentó esta cuestión, ninguno de los miembros de ella, excepto el señor Alarcón, pidió la palabra en favor del reconocimiento. Esto prueba que es coa reciente la idea de reconocer á Italia.

El señor duque de Tetuan dijo aquí que se salvarían los intereses católicos. Si eso significa que el reconocimiento se verificará con la autonomía y libertad voluntad del Sumo Pontífice, nada diré; pero si significa una concesión que se le ha arrancado, tenga el Gabinete entendido que los Gobiernos que ceden de esa manera firman en tal hecho el acta de su humillación y de su muerte.

(El discurso del Sr. Nocedal lo encontrarán nuestros lectores en lugar preferente.)

El señor conde de XIQUENA: No sé, señores, hasta qué punto me arrope de haber pido la palabra en esta cuestión, en la que voy á haber sido parte en el tanto ilustres oradores; pero tengo que cumplir con lo que á todo deber, y acudir á vuestra indulgencia pidiéndole siquiera en gracia de que esta será la despedida. Voy, pues, á definir mi conducta, para que luego se juzguen mis actos por medio de mis palabras.

El Sr. Fernandez Espino me ha invitado á hablar de esta cuestión. Si S. S. ha tratado de asegurarme en mis principios, no lo necesito S. S.; yo no soy de los que abandonan los principios. Y si ha tratado el Sr. Fernandez Espino de hacer entrar en juego á un soldado de la misma causa que S. S., yo le agradezco el haberse acordado de mi pobre persona.

S. S. se refería á la votación oportunísima de ayer, y para explicar las dudas que S. S. tiene le diré que yo, siendo independiente, he prestado siempre un decidido apoyo al ministerio presidido por el dignísimo duque de Valencia; pero desde que cayó este, yo me reservé mi completa libertad de acción desaprobandos ciertos planes que en una reunión celebrada por entonces presentaron algunos republicanos, colocados en un lugar muy alto por encima de mí insignificante persona.

Yo considero la ley electoral no sólo buena, sino muy buena; no porque crea que con ella vendrá aquí un Congreso que sea la verdadera expresión del país, sino porque era una exigencia de la opinión pública; pero me abstuve de votarla, porque el Gobierno actual hizo de este sitio un arma alevosa para derribar desde este sitio un ministerio conciliador, que venia gobernando al país dentro de la legalidad, manifestándose los actuales ministros ó alguno de ellos muy partidario de la elección por distritos.

Yo, pues, no he votado en esa ley porque no podía votar contra ella creyendo que era necesaria; ni podía votar en su favor, dando al Gobierno actual un voto de confianza que no me merece.

El Sr. CORONA: Voy á principiar, señores, por decir que me parece que esta proposición ha dado margen para un discurso político del Sr. Nocedal, y que suplico á la Cámara tenga conmigo la misma indulgencia que ha tenido con S. S., en razón siquiera á que durante toda la legislatura no he tenido coñezon de hablar.

Al ver esta mañana que ciertos periódicos ministeriales calificaban mi voto de aver como les parecia, me he extrañado, porque sé muy bien que esos escritos se hacen muy de prisa y con pocos datos; no hubiera, pues, hablado de ello sin unas palabras que el Sr. Nocedal nos ha dirigido, diciendo que en muy poco tiempo habíamos variado de modo de pensar. Además, en los periódicos se me había hecho una alusión puramente personal, y he empezado á buscar la razón por qué habrían podido seguir esa línea de conducta, pero no la encuentro. Yo he aprobado la ley electoral; en primer lugar, porque con ella no venían al Congreso muchos de los que hoy vienen, y en vez de mí, por ejemplo, podrían venir otros que valen más que yo.

Pero además, yo no sé cómo hay personas que después de deber lo que son á la prensa y al parlamentarismo, vienen á censurarlos y vilipendiarlos.

En cuanto al reino de Italia, yo creo que es necesario que se le reconozca, precisamente porque de no hacerlo se seguirán muchos más perjuicios á los nuestros interesados que el Sr. Nocedal quiere defender.

Se me ha extrañado mi voto de ayer por la amistad inimitable que me une con uno de los pasados ministros; pero esto, señores, no me da derecho que haya de pensar en todas las cuestiones como él, y así lo he hecho desde que cayó el ministerio, no asistiendo á la reunión que tuvo la mayoría, y manifestando particularmente que no estaba dispuesto á seguir haciendo los sacrificios que había hecho hasta entonces.

El señor conde de SAN LUIS: Señores: el Congreso comprenderá que tengo necesidad de tomar parte en este debate, por más que lo haya de hacer con pena. El Sr. Nocedal me ha podido evitar esta pena, porque los compañeros no se atacan sin motivos muy graves, que no existen entre el Sr. Nocedal y yo. Yo he dado ayer un voto y le explico, entre otras razones, porque me ha puesto S. S. en el caso de explicarlo.

Yo, señores, he blasonado siempre de consecuente, y S. S. no encontrará en mi vida veleidad ninguna, así como yo no encuentro en S. S. más consecuencia que la de la inconsecuencia. He tenido ayer que hacer un sacrificio exigido por la consecuencia, porque habia gestionado en esa cuestión cerca del último ministro, y no revelo ciertos pormenores, porque el secreto no me pertenece, aun cuando lo pudiera decir sería muy honroso para el ministerio caído; pero al dar el voto de consecuencia que dí ayer, no me he hecho ministerial del señor duque de Tetuan, y ni aun estoy dispuesto á firmar una proposición para que se levante un monumento en Manzanares.

Yo vine á la vida política, moderado, y encontré al Sr. Nocedal ardiente progresista; después le he visto enfrente de mí, purtando, luego haciéndome la guerra en el ministerio del señor duque de Valencia, y ahora en el partido en que noble y dignamente milita. Al mismo tiempo yo he sido constantemente de la mayoría del partido moderado, y por consiguiente, no puedo menos de sentir amargamente que S. S., al hablar del espectáculo, efectivamente triste y deplorable que había tenido lugar ayer, y de los diputados que se habían hecho ministeriales, no hubiera hecho alguna alusión en favor de mi persona.

Yo he tenido siempre mi bandera desplegada y la levanto muy alta hoy; basta ahora, cuando el partido moderado ha estado en el poder, he hecho grandes sacrificios para su conciliación; en la oposición jamás he provocado acción alguna, y para ello he tenido que callar y sufrir resignado; en las próximas elecciones no será candidato ministerial, pero tampoco aceptaré el apoyo de mi partido si no estamos de acuerdo en opiniones: conocidas son estas; si mis amigos las encuentran buenas, yo les diré á levantadme sobre vuestros hombros; si no las aprueban les diré que me replegan al olvido. Veo, pues, el Sr. Nocedal cómo queda desplegada al viento mi bandera para las próximas elecciones, y cuán claros y distintos son sus lemas.

El Sr. NOCEDAL: «Es en efecto triste y deplorable el espectáculo que ayer se ha presenciado,» eso es lo que yo había dicho hoy, y eso es lo que he repetido el señor conde de San Luis. Coincide, pues, S. S. conmigo, y sólo se lamenta de que no hubiera exclamado en esa cuestión cerca del último ministro, y no revelo porque habes meses, y aun años que he dado al olvido á la persona política de S. S.

El señor conde de SAN LUIS: Ha desplegado hoy su bandera; y ha dicho: *Adiós Cesar, adiós!* Yo no quiero por mi Cesar al señor conde de San Luis, yo no tengo más que decir, sino que quiero que conste que yo he coincidido en la apreciación que he hecho, en la que ha hecho S. S.

S. S. ha desplegado hoy su bandera y se ha proclamado jefe del partido moderado; pero eso lo debió hacer cuando vino aquí enfrente del señor duque de Tetuan, y en vez de hacerlo se estuvo callando cinco años. ¿Qué extraño es, pues, que yo me haya olvidado de S. S. si S. S. se ha olvidado de sí mismo por espacio de cinco años!

El Sr. conde de SAN LUIS: Yo no me he proclamado jefe de ningún partido, porque los jefes los proclaman los partidos y no ellos mismos; lo que he dicho es que no será candidato ministerial, pero que no aceptaré tampoco el apoyo del partido moderado; si este partido no acepta mis doctrinas, no tendré ni un apoyo ni otro.

En cuanto á lo de haber callado cinco años, memorable ha sido una noche en que yo quisiera hablar aquí, y el señor presidente que ocupaba ese sitio me quitó la palabra con suma razón; yo no he debido ni podido defendermelo y S. S. hace mal en atacarme. Yo no he tenido que callar por ningún motivo vergonzoso, y los que comentan mi silencio, lo hacen porque no comprenden el corazón que hay en este pecho, ni son capaces del sacrificio que he hecho en callar y ser mártir, quien tal vez con una palabra podría ceñirse una aureola de gloria.

El Sr. NOCEDAL: Necesito que conste que yo no he dicho nada en mi discurso del señor conde de San Luis, que se resiente sólo porque de su persona se ha hecho caso común.

Al volver á S. S. que ha replegado su bandera y se ha vuelto á su tienda; pero antes, todos los señores diputados lo recordarán, habia presentado su candidatura de jefe del partido, diciendo que este lo levantaba sobre sus hombros.

El señor conde de SAN LUIS: Se le ha escapado la palabra al Sr. Nocedal. Yo he hablado de candidatura y de elecciones, pero no de partidos ni de dirección y jefatura de ellos.

El Sr. FABIE: El Congreso comprenderá, señores, que tengo que hablar en un momento muy difícil, después de oradores de gran fama que han tratado cuestiones gravísimas, que pueden afectar á la mar-

cha de la política española, y cuando yo, sin más condiciones, voy á tratar una cuestión mucho más pequeña.

No voy á explicar el voto que dí ayer, y que tal vez ha sido mal calificado por algunos periódicos; voy á decir que cuando vine al salón encontré al Sr. Nocedal dirigiéndose á las tribunas, y que luego he sabido que los periodistas le habían interrumpido. Yo no justifico esa conducta, pero es imposible que los periodistas oigan hablar al Sr. Nocedal sin conmoverse, porque S. S. es el que ha alterado á la prensa siendo ministro y ha sido desde hace mucho tiempo su enemigo más implacable.

Con este motivo el Sr. Nocedal increpó duramente á los periodistas; y yo no diría nada por esto si S. S. no hubiera increpado á la prensa; y yo no tendría sangre en las venas si no dijera en mi nombre y en el de algunos de mis compañeros de periodismo, entre ellos los Sres. Alarcón y Valera, que la prensa no necesita mi defensa, porque ella se sabrá defender; pero que es preciso protestar contra lo que el Sr. Nocedal ha indicado de que las tres cuartas partes de los males que tenemos que lamentar nacen de la prensa. (El Sr. Nocedal.—Y la otra cuarta parte de aquí.) Yo puedo contestar á S. S. en cambio de esta afirmación que esos males nacen del dominio exclusivo, único, inevitable, que han ejercido sobre esta pobre nación durante siglos enteros los hombres que piensan como su señoría. (Aplausos en las tribunas.)

El señor PRESIDENTE: Señor secretario, sírvase S. S. leer los arts. 58 y 59 relativos á las tribunas. (Se leyeron.) Sentiré que los espectadores no pongan en el caso de tener que aplicar esos artículos.

El Sr. FABIE: Yo, que respeto los juicios políticos del Sr. Nocedal, pido el mismo respeto para ese juicio, que es la opinión de toda Europa. Si España llegó al grado de decadencia en que la hemos visto, si llegó al infame Carlos II, fué porque no existían ni los periódicos ni la tribuna, que echaran al suelo esos Monarcas mogulícos que tanto agradan al señor Nocedal.

Desde el principio del reinado de la casa de Austria, empezaron á ser más raras las Cortes de nuestro país, y tal ha sido el malféico influjo de esa dinastía, que el mismo Donoso Cortés, autoridad que no rechazará el Sr. Nocedal, dice que el reinado de esa Casa había sido un paréntesis en nuestra historia. Dicho esto, sólo añadiré que tengo que protestar energicamente contra los dictámenes que S. S. se ha permitido dirigir á un reino y un Rey, que solo por tener este carácter, debiera haber sido tratado con más consideración, por una persona que se dice tan ardentemente monárquica como el Sr. Nocedal.

El Sr. TAVEL DE ANDRADE: Señores, siento el espectáculo que la proporciónado al país el Sr. Nocedal, porque no hay derecho alguno para lanzar un apostrofe sobre hombres cuya vida demuestra su superioridad, que según parece, olvida á las gentes en lo que conviene á su propósito, y si esto no fuese así, no habría incluido en el número de los que han hecho traición á sus principios, á los hombres que como yo tienen una representación en la prensa, en el periódico *La Libertad*.

Allí hemos defendido las elecciones por provincias mucho antes que el Gobierno del general O'Donnell trajera aquí el proyecto que fué aprobado en esta Cámara. La inconsecuencia habría sido el